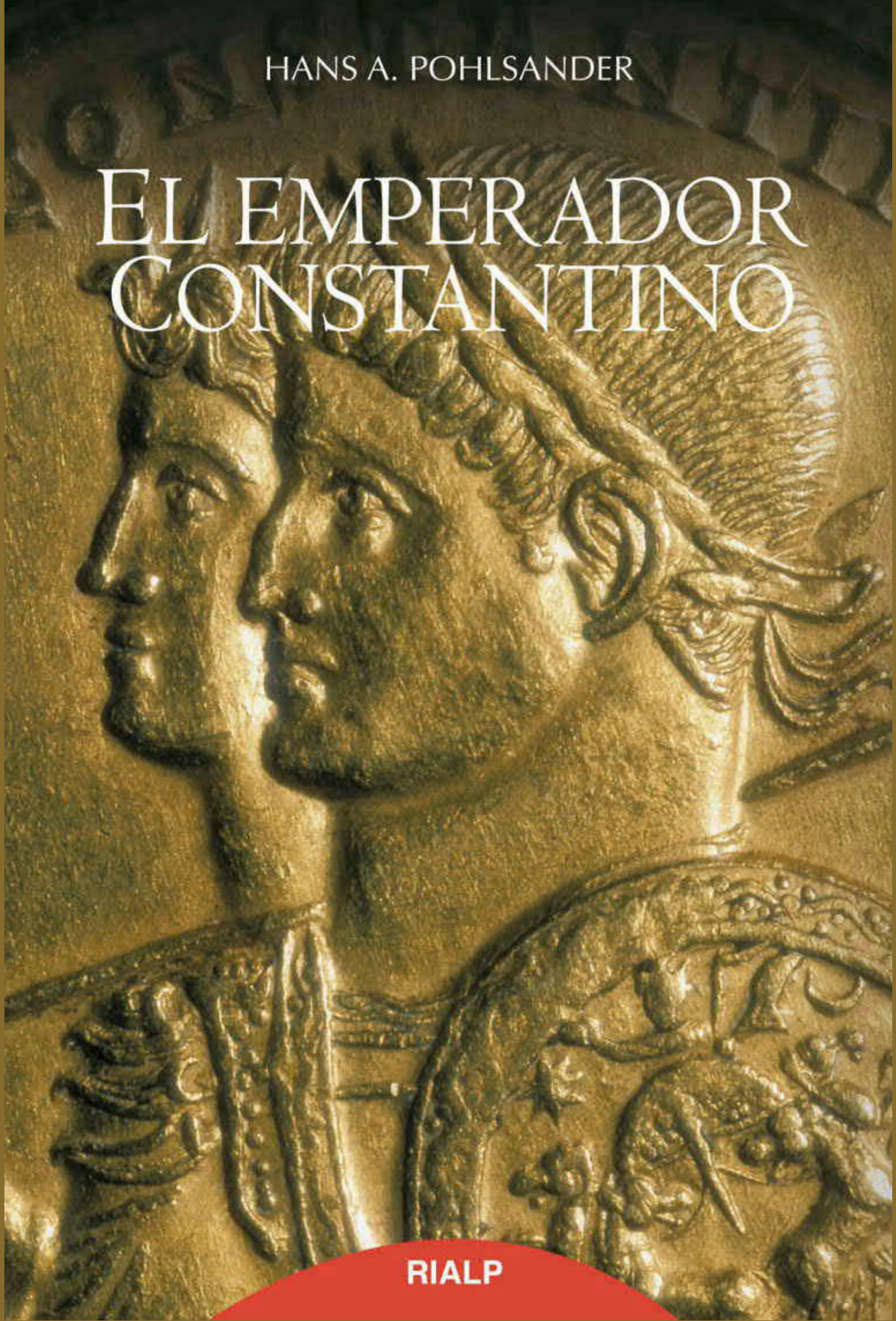
HANS A. POHLSANDER

EL EMPERADOR CONSTANTINO



RIALP

HANS A. POHLSANDER

EL EMPERADOR CONSTANTINO

EDICIONES RIALP, S. A.
MADRID

Título original: *The emperor Constantine*

© 2015 Routledge, a member of the Taylor & Francis Group.
© 2015 de la versión española, realizada por MIGUEL MARTÍN,
by EDICIONES RIALP, S. A., Colombia, 63, 8º A - 28016 Madrid
(www.rialp.com)

Licencia Creative Commons 4.0 Internacional
(Atribución-No comercial-Compartir igual)

Los contenidos de este libro pueden ser reproducidos en todo o en parte, siempre y cuando se cite la fuente y se haga con fines académicos y no comerciales

Realización ePub: produccioneditorial.com
ISBN: 978-84-321-4565-0

ÍNDICE

PORTADA
PORTADA INTERIOR
CRÉDITOS
CRONOLOGÍA
I. INTRODUCCIÓN
II. LOS EMPERADORES-SOLDADO Y DIOCLECIANO
III. LA SUBIDA AL PODER DE CONSTANTINO
IV. LA CONVERSIÓN DE CONSTANTINO
V. CONSTANTINO COMO ÚNICO GOBERNANTE DE OCCIDENTE
VI. EL CONFLICTO CON LICINIO
VII. LA CONTROVERSIA ARRIANA: EL CONCILIO DE NICEA Y SUS CONSECUENCIAS
VIII. LA CRISIS EN LA FAMILIA IMPERIAL
IX. LA NUEVA ROMA
X. EL GOBIERNO DE CONSTANTINO
XI. ÚLTIMOS AÑOS DE CONSTANTINO: MUERTE Y SEPULTURA
XII. LA IMAGEN DE CONSTANTINO EN EL ARTE ROMANO
XIII. UNA VALORACIÓN
APÉNDICE I. LAS FUENTES PARA EL REINADO DE CONSTANTINO
APÉNDICE II. GLOSARIO DE TÉRMINOS GRIEGOS, LATINOS Y TÉCNICOS
APÉNDICE III. NOTAS BIOGRÁFICAS

CRONOLOGÍA

Fechas destacadas de la historia romana, 235-337:

235-84	Los emperadores soldado
244-9	Filipo el Árabe
249-51	Decio
249	Persecución de los cristianos
253-60	Valeriano
257	Nueva persecución de los cristianos
268-70	Claudio II Gótico
270-5	Aureliano
283-4	Numeriano
284-305	Diocleciano
285	Maximiano promovido césar
293, 1 marzo	Se establece la Primera Tetrarquía: Diocleciano y Maximiano, augustos; Galerio y Constancio, césares
301	Edicto de Precios
303	Comienza la gran persecución
305, 1 mayo	Se retiran Diocleciano y Maximiano; Galerio y Constancio son augustos
306, 25 julio	Constancio muere en York. Constantino aclamado emperador
307	Matrimonio de Constantino y Fausta, hija de Maximiano
308, 11 nov.	Reunión de Diocleciano, Maximiano y Galerio en Carnuntum; Licinio nombrado augusto
310	Muerte de Maximiano

311	Edicto de limitada tolerancia de Galerio
311, 11 mayo	Muerte de Galerio
312, 28 oct.	Batalla del Puente Milvio
313, (¿) feb.	Reunión de Constantino y Licinio en Milán; Licinio casa con Constancia, medio hermana de Constantino
313	«Edicto de Milán»; controversia donatista
314	Concilio de Arlés
315	Constantino celebra su *decennalia*
316	Primera guerra entre Constantino y Licinio
317, 1 marzo	Crispo, Constantino II y Licinio II nombrados césares
324	Segunda guerra entre Constantino y Licinio
324, 8 nov.	Constancio II nombrado césar
325, primavera	Muerte de Licinio I y Licinio II
325, 25 mayo 26 julio	Concilio de Nicea; adopción del credo niceno
325-6	Constantino celebra su *vicennalia*
326	Muerte de Crispo y Fausta. Helena peregrina a Tierra Santa
330, 11 mayo	Dedicación de Constantinopla
333, 25 dic.	Constante nombrado césar
335-6	Constantino celebra su *tricennalia*; concilio de Tiro
335, 13 sept.	Dedicación de la Iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalén
335, 7 nov.	Atanasio desterrado a Tréveris
337	Constantino bautizado después de Pascua por el obispo Eusebio de Nicomedia

337, 22 mayo	Muerte de Constantino en Nicomedia
337	Golpe del ejército en Constantinopla
337, 9 sept.	Constantino II, Constancio II y Constante se proclaman augustos

I. INTRODUCCIÓN

Al emperador Constantino se le considera el personaje más importante de la Antigüedad Tardía. Su fuerte personalidad puso los cimientos no ya de la Basílica de San Pedro o de la Iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén, sino de la civilización europea posclásica; su reinado estuvo repleto de acontecimientos de lo más dramático. Su victoria en el Puente Milvio se cuenta entre los momentos decisivos de la historia del mundo.

Pero Constantino es también una persona controvertida, y esa controversia comienza incluso en la antigüedad misma. Los escritores cristianos Lactancio y Eusebio vieron en Constantino un benefactor de la humanidad enviado por Dios. Juliano el Apóstata, por el contrario, le acusa de codicia y despilfarro, y el historiador pagano Zósimo le hace responsable de la caída del imperio en occidente.

La visión positiva fue la que prevaleció, aunque no siempre, a lo largo de la Edad Media, llevó a muchos gobernantes a imitarle e inspiró numerosas obras de arte. Otón obispo de Freising (c. 1114-58), en su *Crónica o historia de las dos ciudades*, escribe lleno de entusiasmo: «Cuando sus asociados alcanzaron el fin de sus mandatos, y en consecuencia Constantino quedó como único gobernante y tuvo el poder sobre todo el imperio, la deseada paz se estableció en toda la afligida Iglesia… Pues los malos y perseguidores habían desaparecido de la tierra y los buenos se veían libres de cuidados; las nubes de tormenta se disiparon y un día feliz comenzó a brillar sobre la Ciudad de Dios en todo el mundo». Por el contrario, Petrarca en su *Bucolicum Carmen* llama a Constantino *miser* (miserable) y espera que sufra para siempre. Aquí, y también en su *De vita solitaria*, Petrarca desaprueba la Donación de Constantino, un decreto falsamente atribuido al emperador, por el que se creaba el Patrimonio de San Pedro.

En tiempos más recientes, Constantino ha sido criticado ásperamente tanto por filósofos como por historiadores. Así Voltaire, en su *Diccionario Filosófico* (1767), describe a Constantino como «un afortunado oportunista al que le importaba poco Dios o la humanidad» y que «se bañó en la sangre de sus parientes». Y el filósofo alemán Johann Gottfried Herder (1744-1803) pensaba que, al apoyar el Estado en la Iglesia, Constantino había creado «un monstruo de dos cabezas».

Edward Gibbon, en su celebrada *Decadencia y caída del Imperio Romano* (1776-88), sostiene que Constantino degeneró convirtiéndose en un «monarca cruel y disoluto», alguien que «podía sacrificar, sin reparos, las leyes de la justicia y los sentimientos de la

naturaleza a los dictados de sus pasiones e intereses». También mantuvo que Constantino era indiferente respecto a la religión, y que su apoyo a los cristianos respondía a consideraciones puramente políticas.

En su libro *La Época de Constantino el Grande* (1852), el renombrado historiador suizo Jacob Burckhardt vio en Constantino una persona esencialmente irreligiosa, alguien completamente consumido por su ambición y afán de poder, peor aún, un «asesino egoísta» y un perjuro habitual. Y, según Burckhardt, un hombre no solo inconsistente en materia de religión sino «intencionadamente ilógico».

Incluso el gran Theodor Mommsen, cuyo juicio nunca se puede tomar a la ligera, expresó la opinión, en 1885, de que habría que hablar de una época de Diocleciano más que de una época de Constantino; aparte de lo que se pueda decir del carácter de Constantino, de las adulaciones o hipocresía de sus partidarios y de los furiosos ataques de sus enemigos.

Henri Grégoire (1881-1964), distinguido estudioso belga, negó vigorosamente una conversión de Constantino en 312 y, bastante irrazonablemente, afirmó que el verdadero campeón del cristianismo fue Licinio.

Por lo general, en nuestro propio tiempo, competentes historiadores de la antigüedad han visto las cosas con algo más de objetividad y han alcanzado, si no un consenso, al menos unas conclusiones más equilibradas. En los siguientes capítulos haremos el esfuerzo de presentar esas conclusiones equilibradas de forma concisa o, donde no es posible llegar a conclusiones, trataremos las cuestiones y problemas de un modo imparcial.

Como muchos otros libros sobre Constantino, el presente modesto estudio pone énfasis en las cuestiones religiosas. La posición de Constantino como primer emperador cristiano, y la energía y dedicación que puso en materia de religión lo requiere, la naturaleza de nuestras fuentes nos lleva ahí con facilidad, y buena parte de nuestros lectores así lo esperan.

II. LOS EMPERADORES-SOLDADO Y DIOCLECIANO

Si queremos comprender al emperador Constantino, debemos antes examinar brevemente el tiempo en que nació y creció y la impronta que dejó en su persona.

Durante el medio siglo transcurrido entre la muerte del emperador Alejandro Severo en 235 y la accesión del emperador Diocleciano en 284, el Imperio Romano presenció una serie interminable de crisis y calamidades, políticas, militares, económicas y sociales de toda clase.

Una indicación clara de la inseguridad de aquel tiempo la encontramos en la rápida sucesión de emperadores. Con predecible regularidad, un emperador tras otro procede de las filas del ejército, reina un corto periodo y muere en el campo de batalla o víctima de asesinato. La duración media de los reinados de estos emperadores es de tres años, y ninguno dura más de ocho (salvo que Galieno fue coaugusto con su padre Valeriano en 253-60 antes de reinar como único augusto en 260-8). Es difícil saber con algún grado de precisión cuántos emperadores hubo, pues además de los que obtuvieron el reconocimiento del senado, hubo numerosos usurpadores y contendientes. Todos ellos salieron de las filas del ejército y son por eso llamados con frecuencia los emperadores-soldado. Muchos de ellos, como Claudio Gótico y Aureliano, fueron bastante capaces y enérgicos, pero ninguno consiguió romper ese ciclo vicioso. Al mismo tiempo, la integridad del imperio estaba amenazada por movimientos separatistas tanto en occidente como en oriente: el emperador Aureliano (270-5) tuvo que superar tanto un reino secesionista de Palmira, bajo la famosa Zenobia, en oriente, como un separatista imperio Galo-Romano, en occidente.

A lo largo de la extensa frontera Rin-Danubio, los romanos tuvieron que enfrentarse con unas tribus germánicas mejor organizadas y más aguerridas que antes: sajones, francos, alamanes, marcomanos, vándalos, burgundios y godos. De cuando en cuando, una u otra de estas tribus penetraba profundamente en el territorio romano. La Galia y el norte de Italia sufrían especialmente repetidas incursiones germánicas; Dacia (la actual Rumanía) tuvo que ser abandonada. Incluso la seguridad de la ciudad de Roma estaba comprometida; el muro de Aureliano, con 12 millas de largo, que rodea casi por completo el corazón de la ciudad, es un monumento a la pericia de los ingenieros romanos, pero también a la inseguridad de Roma. En oriente, la Persia sasánida proseguía su política de agresión y expansión. En 260, el emperador Valeriano cae

prisionero del rey persa Shapur I en Edessa y sufre una indescriptible humillación antes de morir en cautividad.

En tales circunstancias, es fácil comprender que la necesidad de reclutar, pagar y aprovisionar un gran ejército permanente toma la delantera a cualquier otra necesidad. Los impuestos y las requisas de mercancías, con frecuencia mal administrados, impusieron intolerables cargas a la población y debilitaron la economía. La inflación se disparó rampante, y se devaluó la moneda. La producción agrícola disminuyó y la población rural llegó a la desesperación de tener que abandonar las tierras productivas y emigrar. Aumentó el bandidismo.

En las ciudades había dificultad creciente en encontrar quienes ejercieran como *curiales*, miembros de la clase de propietarios, que cubriesen los puestos de la administración y soportasen la carga financiera que esos puestos suponían. Para más añadir a estos infortunios, algunas zonas del imperio, sobre todo el norte de África y los Balcanes, fueron visitados por la peste.

Parece incongruente al observador moderno que, mientras el imperio se veía así alterado, el emperador Filipo el Árabe (244-9) quisiera celebrar en 248 el milenario de la fundación de Roma con unos extravagantes y dispendiosos juegos. Pero el sentimiento que prevalecía en la época era de carácter conservador: no se veía la salvación en atreverse a innovar, sino en la vuelta a las prácticas, instituciones y valores tradicionales. Es también en este contexto como podemos entender las medidas del emperador Decio, en 249, y del emperador Valeriano, en 257, contra los cristianos.

Finalmente le fue dado al emperador Diocleciano (284-305) poder devolver al imperio, tras infatigables esfuerzos, una relativa seguridad y estabilidad. ¿Quién era este notable hombre?

Diocleciano, que llevó el nombre de Diocles al nacer, era un hombre de humilde cuna, como muchos de los emperadores-soldado anteriores a él. No fue eso óbice para su carrera hasta los puestos más altos de la escala militar, unos puestos en otro tiempo el coto de la clase senatorial. Y como varios de los emperadores-soldado que le precedieron, como Decio y Claudio Gótico, por ejemplo, era natural de Iliria (los Balcanes). Eso no es mera coincidencia, pues la región era conocida por su adhesión a los valores romanos tradicionales, como el patriotismo, la disciplina y la piedad, y por la calidad de sus reclutas.

Diocles, el futuro Diocleciano, nació el 22 de diciembre de 243, 244 o 245 en Salona, hoy un suburbio de Split, en la costa Dálmata. Al parecer su familia no era conocida. Hay sin embargo una historia dudosa que dice que su padre era un liberto, o que quizá él mismo lo fuese. Recibió una educación bastante reducida y, como muchos de sus paisanos, se incorporó al ejército. No conocemos los detalles de su carrera hasta 284.

Numeriano, hijo del emperador Caro de corto reinado (282-3), fue desde julio de 283 coemperador con su hermano mayor Carino; Numeriano estaba en oriente y Carino en occidente. Numeriano, tanto por razón de su juventud como por temperamento, no estaba a la altura de lo que se esperaba de él. Era el prefecto del pretorio Arrio Aper quien realmente controlaba las cosas, y fue quien mató a Numeriano en Nicomedia

esperando sucederle en el trono; este Aper debe haber sido un hombre poderoso pero también despiadado, pues el joven al que mató era su yerno. Los designios de Aper no alcanzaron su fin: una asamblea del ejército, reunida en Nicomedia el 20 de noviembre de 283, proclamó emperador no a Aper sino a Diocles, entonces comandante de los *protectores domestici,* la «caballería del emperador». En cuanto a Aper, los soldados lo apresaron y Diocles lo ejecutó con su propia espada en el acto. Pero quedaba aún el problema del hermano mayor de Numeriano, Carino, con quien no había contado el ejército. Las dos facciones se enfrentaron en la primavera de 285 en la batalla del río Margus (Morava) cerca de Belgrado. Las fuerzas de Carino eran superiores a las de Diocles, pero Carino resultó muerto y los dos ejércitos se pronunciaron por Diocles (Diocleciano).

En el imperio del siglo tercero ese modo de acceder al poder el nuevo emperador era la norma más que una excepción. Lo que él hizo lo habían hecho otros muchos antes; lo que le diferenció de sus predecesores fue que triunfó donde muchos otros habían fracasado y se mantuvo durante más de veinte años, mientras ellos fueron barridos, después de muy cortos reinados. Rompió el ciclo. Ni se le puede reprochar demasiado lo que hizo, pues otro modo de proceder le hubiese costado la vida.

El nuevo emperador tomó el nombre de Gaius Aurelius Valerius Diocletianus y comenzó la difícil tarea de restaurar el imperio. También él, como sus predecesores, era de carácter conservador: las instituciones tradicionales se restauraron o reforzaron, no se sustituyeron, y en esta línea la religión jugó un importante papel. Era capaz, seguro de sí mismo y orgulloso, y como soldado conocía el valor de la disciplina.

Al comenzar su reinado, con certeza antes de finalizar el 285, nombró césar a un compañero de su confianza y también ilírico, Maximiano, y le hizo responsable de la parte occidental del imperio, especialmente de la seguridad de la frontera del Rin. No mucho después, el 1 de abril de 286, le confirió el rango de augusto. El gobierno conjunto de dos augustos ya se había probado antes, pero con poco éxito: Marco Aurelio tuvo al comienzo de su reinado como augusto al oscuro Lucio Vero, y Galieno había sido augusto junto a su padre Valeriano. El 1 de marzo de 293 Diocleciano expandió este gobierno de dos augustos y lo convirtió en el sistema que ahora conocemos como la Tetrarquía, o primera Tetrarquía, para distinguirla de la segunda que subsistió una temporada tras retirarse Diocleciano en 305. Llevó a cabo esta reforma asociando a dos nuevos ilíricos, Galerio y Constancio, como césares o «emperadores junior». Galerio sirvió como césar bajo Diocleciano, y Constancio, el padre de Constantino, sirvió como césar bajo Maximiano. Para reforzar los vínculos entre cada césar y su augusto, ambos césares fueron adoptados por su respectivo augusto; más aún, Valeria, la hija de Diocleciano fue dada en matrimonio a Galerio, y Teodora, hija de Maximiano (o hijastra, según algunas fuentes), a Constancio.

El nuevo sistema no dividió el imperio. Cada uno de los cuatro emperadores tenía específicas responsabilidades, especialmente en materia de defensa, pero no estaban limitados por fronteras territoriales. Cada augusto supervisaba a su propio césar, y Diocleciano seguía siendo el senior y autoridad superior. Toda nueva ley se promulgaba

con el nombre de los dos augustos. El nuevo sistema produjo mayor eficiencia en la administración del imperio y mayor seguridad en las fronteras (al reducir el tiempo de respuesta). También suponía un orden claro de sucesión: ya se sabía que en su momento, al retirarse los dos augustos, les sucederían los dos césares, que traerían consigo un buen caudal de experiencia, y ellos a su vez nombrarían a los nuevos césares. Así que el sistema, en teoría, era perpetuo; prevenía contra el desgraciado modo de acceder al trono que habían tenido los anteriores emperadores, incluido el mismo Diocleciano. Funcionó solo una vez, pero eso no fue ciertamente culpa de Diocleciano.

También acometió Diocleciano una nueva organización territorial del imperio. Hubo ahora cuatro áreas de responsabilidad, las anteriores prefecturas: occidente, Italia, Iliria y oriente. Cada una de ellas tenía su propia capital, o mejor dicho, su principal residencia imperial: Constancio residió en Tréveris, Maximiano en Milán, Galerio en Tesalónica y Diocleciano en Nicomedia (actual Izmit). La ciudad de Roma, aunque siguió siendo sede del senado, había perdido mucha importancia. El segundo nivel de la administración lo constituían las diócesis, al frente de cada una había un *vicarius* y reunían un cierto número de provincias. Dividiendo las provincias existentes, Diocleciano aumentó el número de provincias del imperio, de unas cuarenta a más de cien; con frecuencia se ha supuesto que el objetivo era reducir las posibilidades de rebelión. Merece la pena destacar también que Italia, excepto la ciudad de Roma, perdió su estatuto privilegiado y fue dividida en provincias y sujeta a un régimen fiscal como los demás territorios del imperio.

Diocleciano y sus colegas tuvieron bastante éxito en sus esfuerzos por proteger la integridad y seguridad del imperio. El mismo Diocleciano batalló victorioso en la frontera del Danubio y reprimió una revuelta en Egipto. Su césar Galerio combatió con éxito contra los godos en el bajo Danubio y, tras una inicial retirada, obtuvo una resonante victoria en 298 contra el rey persa Narsés; el Arco de Galerio en Tesalónica atestigua esa victoria hasta el día de hoy. Maximiano aseguró la frontera del Danubio y aplastó una insurrección en Mauritania. Su césar Constancio aseguró la frontera del Rin y recuperó Britania, en manos del secesionista comandante naval Carausio y del usurpador Alecto. Para conseguir estos éxitos militares, Diocleciano había incrementado el número de efectivos del ejército, hasta llegar a doblarlo. También lo había dividido en dos ramas: la móvil, conocida como los *comitatenses,* y las tropas de guarnición en las fronteras, conocidas como los *limitanei.*

Diocleciano tuvo menos fortuna en sus intentos de fortalecer la debilitada economía romana. Las cargas soportadas ahora por esta economía eran más pesadas que nunca por el tamaño desmesurado del ejército, una creciente burocracia y cuatro residencias imperiales. La igualación de las cargas fiscales proporcionaba algún alivio. Su reforma monetaria, emprendida en 294, tuvo un éxito parcial; el Edicto de la Moneda de 301 representa un último intento de estabilizar el sistema monetario. Su famoso Edicto de Precios, también de 301, buscaba combatir la inflación estableciendo un precio máximo para una larga lista de mercancías y servicios. No resultó, pero para los historiadores, es el documento más importante de la historia económica romana. En sus esfuerzos por

controlar la economía, Diocleciano recurrió incluso a medidas coercitivas para obligar a la gente a permanecer en su trabajo, ya fuesen campesinos o artesanos, y en sus lugares de residencia. Por lo que se ve, no era mejor economista que el común de los mortales del mundo antiguo.

Su deseo de uniformidad, incluso en materia religiosa, y otras consideraciones políticas, le llevó a decretar una dura persecución de los maniqueos, seguidores del visionario mesopotámico Manes (214-76) considerados amigos de Persia. Pero el maniqueísmo sobrevivió a la persecución, y más tarde, en el siglo cuarto, san Agustín fue uno de sus seguidores durante unos nueve años.

A los cristianos les llegó el turno un poco más tarde, aunque se dice que su esposa Prisca y su hija Valeria, eran procristianas. El 23 de febrero de 303 se derribó la iglesia de Nicomedia por orden de Diocleciano. El primer edicto de persecución se promulgó al día siguiente. No fue una completa sorpresa; algún tiempo antes hubo un incidente molesto con los augurios, y los sacerdotes paganos lo habían achacado a la presencia de cristianos; también Diocleciano había ya comenzado a expulsarlos del ejército y del servicio imperial. Este primer edicto ordenaba a los cristianos entregar sus escrituras para quemarlas; también mandaba destruir todas las iglesias. En el verano se promulgó un segundo edicto, después de dos incendios sospechosos en el palacio imperial de Nicomedia; ordenaba la detención de todos los obispos cristianos. El tercer edicto, promulgado más tarde en el mismo año, ordenaba obligar a los cristianos encarcelados a sacrificar a los dioses y luego ponerlos en libertad; quizá las cárceles estuvieran atestadas. En mitad de estos eventos, Diocleciano se dirigió a Roma para celebrar allí, junto a Maximiano, el comienzo del vigésimo año de su reinado, sus *vicennalia;* esta fue su primera y única visita a la ciudad de Roma. Un cuarto edicto, probablemente en la primavera de 304, ordenaba a todos los cristianos ofrecer sacrificios o enfrentarse a la ejecución.

La aplicación de estos edictos no fue uniforme en todo el imperio; en oriente fue muy severa, ocasional en otras partes y particularmente laxa en los territorios gobernados por Constancio. Aunque la persecución duró años no consiguió notables resultados.

En su libro *Sobre las muertes de los perseguidores,* Lactancio hace responsable de la persecución a Galerio y, a tono con la intención de este panfleto, ve en la dolorosa muerte de Galerio, descrita con espeluznantes detalles, el castigo de Dios. Ya antes Eusebio, en su *Historia de la Iglesia,* había expresado la opinión de que, mediante la persecución, castigaba Dios a los cristianos por sus disensiones internas; más tarde, en su *Vida de Constantino,* también él hace a Galerio responsable. Y Constantino, en su *Discurso a la Asamblea de los Santos* (si se interpreta correctamente), también nombra a Galerio como el autor de la persecución. Estudios más recientes intentan ver más allá del odio a los cristianos que Lactancio atribuye a Galerio; el deseo de Diocleciano de reforzar los valores tradicionales romanos y restaurar la antigua religiosidad romana ciertamente tuvo que influir.

Diocleciano y Maximiano habían reclamado para ellos los títulos de *Jovius* y *Herculius* respectivamente, reafirmando así la antigua religión y dando a entender a sus

súbditos que ellos gozaban de la protección divina. Rodeándose cada vez más de los símbolos y el ritual (*adoratio*) que suponían la sanción divina del poder imperial, sus personas y todo lo perteneciente a ellos se convertía en sagrado. Pero los dioses les otorgaron solo éxitos parciales; tanto el Edicto de Precios como la Gran Persecución fueron fracasos. La tetrarquía debía conducir eventualmente de nuevo al principio dinástico. Pero los historiadores reconocen el notable talento organizador de Diocleciano; incluso le han llamado el mayor organizador del imperio después de Augusto y un hombre de estado de primera magnitud. Sin discusión, puso fin a la anarquía y restauró la estabilidad en una situación caótica. Su reinado demostró, como se verá luego también en el de Constantino, que las cuestiones fundamentales de estado y religión estaban conectadas en el mundo romano. También muestra el cambio profundo que se produce en la historia de los emperadores desde su inicio: desde el poder compartido del *princeps* al poder absoluto del *dominus*.

El 1 de mayo de 305, Diocleciano y un contrariado Maximiano anunciaron su retirada.

III. LA SUBIDA AL PODER DE CONSTANTINO

Constantino nació de quien llegaría a ser el emperador Constancio y de una mujer llamada Helena. Vamos a ver ahora lo que se sabe de la procedencia de esta notable mujer y de su relación con Constancio.

Con toda probabilidad, el lugar de nacimiento de Helena fue la ciudad de Drépano en Bitinia (en el noroeste de Asia Menor), a la que más tarde Constantino cambió el nombre por Helenópolis en honor de su madre. Las pretensiones tardías de otras ciudades en Europa y Asia, como Colchester en Inglaterra, Tréveris en Alemania, y Edessa en Siria, deben rechazarse. La fecha del nacimiento de Helena puede reconstruirse solo por lo que sabemos de su muerte. Conocemos por fuentes fiables que emprendió una peregrinación a Tierra Santa después de que fallecieran su nieto Crispo y su nuera Fausta en 326, y que ella murió no mucho después de volver de esa peregrinación a la edad de ochenta años. Así que podemos concluir que murió c. 328-30 —una evidencia numismática apunta precisamente al 329— y que nacería en 250 o poco antes.

Al referirse a la familia de Constantino, un cierto número de historiadores nos dicen que Helena era la concubina de Constancio, mientras otros no especifican su posición legal o social, e incluso hay quienes la consideran la esposa (*uxor*) de Constancio. El estatus legal de la relación entre Constancio y Helena es por tanto cuestionable, pero la mayor parte de los estudiosos modernos no creen que estuviesen legalmente casados. Al parecer Helena era de baja posición social. San Ambrosio de Milán la considera una *stabularia*, una camarera en una taberna o posada; una buena *stabularia*, añade. La posada en que Helena trabajaba, nos dice una fuente tardía, estaba en su Drepanum natal y la llevaban sus padres, y allí parece que conoció a Constancio. Después del primer encuentro, donde y cuando tuviera lugar, Helena acompañaría a Constancio en sus destinos militares, pues dio a luz a Constantino en Naissus en la provincia de Mesia Superior, la actual Nish en Serbia.

Fuentes de confianza nos dan el mes y el día del nacimiento de Constantino, el 27 de febrero, pero no el año. Algunos comentarios de Eusebio en su *Vida de Constantino* nos permiten concluir que sería entre 271 y 273; algunas otras fuentes lo suponen entre 272 y 277. Los intentos de algunos estudiosos, a lo largo de los años, de situar el evento en los 280 han sido claramente refutados recientemente.

La carrera de Constancio le llevó hasta la más alta cima. En 271-2 sirvió bajo Aureliano en oriente como miembro de los *protectores* (oficiales que atendían al

emperador), y más tarde alcanzó el rango de tribuno. En 284-5 era el *praeses* (gobernador provincial con rango inferior al de cónsul) de Dalmatia. Con toda probabilidad era el prefecto del pretorio de Maximiano en 288-93. El 1 de marzo de 293, según hemos visto, fue elevado al rango de césar. Varias fuentes antiguas refieren que *en esta ocasión* le pidieron dejar a Helena y casarse con Teodora, la hija de Maximiano. Por otra parte, un panegírico dirigido a Maximiano el 21 de abril de 289 contiene un comentario que ha sido interpretado por muchos estudiosos como si Constancio estuviese ya casado con Teodora en ese momento. Por nuestra parte, nos inclinamos a creer que la separación de Constancio y Helena tuvo lugar en 293, como una condición previa al nombramiento de Constancio, y no en una fecha anterior. Pero otros han argumentado lo contrario. No sabemos dónde ni en qué circunstancias vivió Helena tras separarse de Constancio, y nada hace suponer que sus caminos volvieran a cruzarse. Tampoco sabemos en qué año ni a qué edad separaron a Constantino de su madre, o si tuvieron oportunidad de verse durante los largos años de separación. Que persistieron fuertes lazos de afecto entre madre e hijo resulta claro, y la historia lo mostrará después.

En 305, antes de anunciar su retiro, Diocleciano conferenció en Nicomedia con su césar Galerio sobre la elección de dos nuevos césares; al parecer, Maximiano y Constancio no fueron consultados. La elección recayó en Severo, un oficial del ejército de Panonia (Hungría), y en Maximino Daia, o Daza, otro oficial del ejército, sobrino de Galerio y, como él, feroz anticristiano. Majencio, hijo de Maximiano, y Constantino, hijo de Constancio, fueron intencionadamente ignorados. El primero, aunque estaba casado con Valeria, hija de Galerio, no tenía prestigio. Pero el segundo se había distinguido en el servicio en oriente a las órdenes de Diocleciano y de Galerio, había alcanzado el rango de tribuno, y gozaba de gran popularidad entre los soldados; se esperaba que fuese elevado al rango imperial.

En mayo de 305, Diocleciano confirió la púrpura a Maximino Daia en Nicomedia ante el ejército reunido, y en la misma fecha Maximiano lo hacía a Severo en Milán en un escenario parecido. Galerio y Constancio se convirtieron en augustos, sustituyendo a Diocleciano y Maximiano que se retiraban y volvían a ser simples ciudadanos. Diocleciano se fue al palacio que se había construido en Split, mientras que Maximiano lo hizo a una finca en Lucania (en el sur de Italia).

Los miembros de la Segunda Tetrarquía se repartieron las provincias del imperio, tal como habían hecho los de la primera. Constancio retuvo la Galia y Britania a las que añadió España. Italia, África y Panonia se asignaron a Severo.

Galerio eligió los Balcanes, excepto Panonia y Asia Menor. Las provincias orientales se asignaron a Maximino Daia.

Había bastante tensión entre los cuatro emperadores, ahora que la influencia restrictiva de Diocleciano había desaparecido, y especialmente entre Constancio y Galerio. Constancio pidió que su hijo Constantino, que había estado con Diocleciano y Galerio en oriente, se le asociase. Galerio consintió, y Constantino corrió junto a su padre, sin dar oportunidad a Galerio de cambiar de parecer. Constantino encontró a su padre en Gesoriacum (Boulogne), cruzó el Canal con él, y le asistió en la campaña contra los

pictos (el pueblo que habitaba más allá del Muro de Adriano, la actual Escocia). Luego, el 25 de julio de 306, murió Constancio en Eburacum (York), y los soldados proclamaron al punto a Constantino como su augusto, volviendo a lo que los ejércitos romanos habían hecho con tanta frecuencia en el pasado. El principio dinástico se había mostrado más fuerte que el principio tetrárquico. Desde entonces, Constantino celebraría el 25 de julio como su *dies imperii*, sancionando así la ilegal acción de los soldados. Al saber Galerio lo que había ocurrido, ofreció una solución de compromiso: el rango de augusto pertenecía por derecho a Severo, pero Constantino podría ser césar. Constantino, por el momento, aceptó. Pero la paz y la Tercera Tetrarquía no duraron mucho.

En Roma, el senado y la guardia pretoriana se habían resentido bastante por su pérdida de poder, prestigio y privilegios. Encontraron un aliado en el hijo de Maximiano, Majencio, y el 28 de octubre de 306 le proclamaron emperador, inicialmente con el rango de *princeps*. Luego Maximiano volvió del retiro que había aceptado a regañadientes, no solo para apoyar a su hijo, sino también para reclamar de nuevo para él mismo los poderes de un augusto. Severo era incapaz de oponerse eficazmente a Majencio y Maximiano. No era popular en Italia, y su ejército estaba debilitado por las deserciones. Marchó a Rávena, donde, en la primavera de 307, se rindió a Maximiano, quien le prometió respetar su vida, pero muy pronto le forzó a suicidarse.

Entretanto Maximiano y Constantino habían alcanzado un entendimiento, y Constantino no acudió al rescate del asediado augusto Severo. En 307 Maximiano y Constantino reclamaron juntos el consulado, pero fueron reconocidos solamente en sus propios dominios. En septiembre de 307, en Tréveris, Constantino se casó con Fausta, la hija de Maximiano, apartando a su amante Minervina, que le había dado su primer hijo, Crispo. Cuando Maximiano y Majencio se enemistaron entre sí, Maximiano buscó refugio junto a Constantino en la Galia. Fracasaron los intentos de Galerio para desalojar a Majencio, quien reclamó el rango de augusto el 27 de octubre de 307.

Diocleciano salió brevemente de su retiro para conferenciar con Maximiano y Galerio, el 11 de noviembre de 308, en Carnuntum (cerca de Viena), como sabemos no solo por fuentes literarias sino también porque los tres emperadores dejaron una inscripción dedicada a Mitra. Invitaron a Diocleciano a recuperar los poderes como augusto senior, pero él se negó; encontraba más placer en cultivar berzas en el huerto de su palacio. Nunca se volvió a implicar en el gobierno. La fecha de su muerte no es conocida con certeza; se han propuesto 311, 312 y 313. Su palacio, donde se encuentra su mausoleo, se considera uno de los exponentes más notables de la arquitectura de la Antigüedad Tardía.

Los tres emperadores llegaron a un acuerdo en la reunión de Carnuntum:

Maximiano volvería al retiro, a Majencio se le declaraba usurpador (así como a un cierto Domicio Alejandro, que se había apoderado de África y la retuvo hasta que Majencio le venció en 311). En un intento de preservar el principio tetrárquico, Galerio nombró un nuevo augusto, Licinio. Ese nombramiento desairó a los dos hombres que habían servido como césares: Maximino Daia y Constantino; ellos también se

proclamaron augustos a continuación, pues no se contentaron con el título de *filius Augusti* que les ofreció Galerio.

Aunque Constantino había dado refugio a Maximiano y se había casado con su hija Fausta, tuvo buen cuidado en no dar al anciano ningún poder ni autoridad. Maximiano abusó de su hospitalidad, ignoró los lazos de parentesco, y en 310 intentó recuperar de nuevo el poder. Mientras Constantino estaba en campaña contra los bárbaros en el Rin, se apoderó del tesoro en Arlés y se proclamó augusto una vez más. Fracasó en su intento; Constantino acudió rápida y resueltamente contra él. Maximiano tuvo que rendirse en Massilia (Marsella) y fue pronto obligado a suicidarse, después de un inútil complot contra la vida de Constantino, según el horrible relato de Lactancio.

Eso dejó en liza a cinco contendientes: Constantino, Majencio, Galerio, Licinio y Maximino Daia. Galerio sería el primero en desaparecer. En mayo de 311 sucumbió a una terrible enfermedad (¿cáncer en el vientre?) en Serdica; fue enterrado en su nativa Romulianum, en el Danubio, no en el espléndido mausoleo que se había preparado en Tesalónica. Los cuatro emperadores supervivientes, todos con el rango de augustos, albergaron profundas sospechas unos de otros.

En esos turbulentos días, Constantino estaba ocupado no solo en protegerse contra competidores actuales y futuros, sino también en defender su territorio contra los bárbaros a lo largo de sus fronteras. Después de ser proclamado emperador en York, el 25 de julio de 306, dejó asegurados los asuntos de Britania y volvió al continente. Durante los siguientes seis años, Tréveris sería su principal residencia, como antes lo había sido de su padre, Constancio, y del emperador Maximiano. Siguió residiendo en la ciudad durante largas temporadas en 313, 314, 316 y, por última vez, en 328. Teniendo Tréveris como base de operaciones, luchó victoriosamente contra los francos en 306-7 y contra los brúcteos (en el norte del Ruhr) en 307-8. A dos reyes francos, capturados en el curso de la primera campaña, los echó a las fieras en el anfiteatro de Tréveris; durante la última campaña construyó un puente sobre el Rin en Colonia Agrippina (Colonia). Estaba luchando contra francos y alamanes en 310 cuando tuvo noticias de la usurpación de Maximiano. También encontró tiempo para hacer dos visitas a Britania, una en 307, y otra probable en 310.

En Tréveris también, pudo reunirse con su madre, Helena, para quien al fin era ya seguro salir de la oscuridad que había sido su suerte desde que se separó de Constancio.

Hoy cualquier visitante, aunque no sepa mucho de historia romana, puede admirar todavía el antiguo esplendor de la ciudad imperial. El edificio más famoso de Tréveris, la *Porta Nigra*, data del siglo segundo, así como el puente romano sobre el Mosela y las termas de Santa Bárbara; el anfiteatro fue construido incluso antes, a finales del siglo primero. Pero las Termas Imperiales, impresionantes incluso en su ruinoso estado, y la llamada Basílica del palacio imperial, en realidad el *Aula Palatina* dedicada a las recepciones, son del tiempo de Constantino.

La catedral de Tréveris, dedicada a san Pedro, tiene una larga historia que se remonta en último término también a Constantino. Nuestras fuentes medievales dicen que Helena regaló su «casa» en Tréveris para que se convirtiera en una iglesia, y que el obispo

Agricio de Tréveris la dedicó. Las fuentes medievales no son en general muy dignas de crédito, y es conocido que la catedral no se terminó hasta muchos años después de que Helena dejase Tréveris y también años después de la muerte de Agricio. No sorprende, por tanto, que los estudiosos hayan negado en el pasado que Helena tenga algo que ver con los comienzos de la catedral de Tréveris. Pero excavaciones arqueológicas bajo la nave de la catedral, realizadas en 1945-6 y de nuevo en 1965-8, han cambiado completamente ese punto de vista. Esas excavaciones encontraron un local, que mide unos 10 x 7 m, construido después de 316 y derribado después de 330. Su situación, la fecha de construcción y la calidad de la ornamentación persuadieron a los investigadores que fue una parte de la residencia imperial, «la casa de Helena», y que se derribó para dejar sitio a la construcción de la iglesia de Constantino. El techo pintado del local se encontró *in situ*, pero en miles de fragmentos. Los quince paneles que constituían este techo se han reconstruido penosamente y se exhiben en el museo diocesano de Tréveris. Cuatro de estos paneles muestran damas lujosamente vestidas y enjoyadas, que pueden ser miembros de la familia imperial o figuras alegóricas. Si la primera interpretación es cierta, podría tratarse de Helena, Fausta, esposa de Constantino, su hermanastra Constancia, y la esposa de su hijo Crispo, también llamada Helena. Por nuestra parte, pensamos que la segunda interpretación es la correcta.

Aunque Constantino y Majencio eran cuñados, sus relaciones fueron tensas. Majencio y Maximiano habían peleado, como hemos visto, y Maximiano había buscado refugio junto a Constantino. Pero tras la muerte de Maximiano a manos de Constantino, Majencio prometió vengar a su padre y convenció a un complaciente senado para que le deificara. Cuando Constantino dio a Licinio en matrimonio a su hermanastra Constancia, a finales de 311 o comienzos de 312, Majencio se sintió amenazado. Poco después las estatuas de Constantino en Roma y otros lugares de Italia fueron derribadas. El mensaje era claro, y Constantino no tardó en responder. En el verano de 312 cruzó los Alpes grayos camino del paso del monte Cenis con un gran ejército de más de 40.000 hombres. La ciudad fortificada de Segusio (Susa) le cortaba el paso; Constantino la atacó, pero no la destruyó ni saqueó, alentando así a otras ciudades del norte de Italia a rendírsele. Cerca de Augusta Turinorum (Turín), derrotó a una fuerza enemiga; Milán le abrió sus puertas. Constantino volvió a vencer en otro encuentro que tuvo lugar a las afueras de Verona; el resto del norte de Italia se pasó a su lado.

Majencio se había quedado tras la supuesta seguridad del Muro Aureliano de Roma. Quizá Constantino no podría desalojarle de allí, tal como Severo y Galerio habían fracasado antes al intentar sacar de Roma a Maximiano.

Pero al acercarse el ejército de Constantino, el pueblo de Roma se volvió inquieto y hostil, y Majencio temió una traición. Tanto Lactancio como Zósimo cuentan que consultó los Libros sibilinos y supo que «el 28 de octubre perecerá un enemigo de los romanos». El 28 de octubre era su *dies imperii,* él era supersticioso, y decidió presentar batalla fuera de las puertas de la ciudad. Sobre un puente de barcas, construido a toda prisa a la altura del Puente Milvio, su ejército pasó a la orilla derecha del Tíber. Allí Majencio sufrió una derrota completa. Sus hombres fueron puestos en fuga; miles de

ellos y el mismo Majencio perecieron ahogados en el Tíber. «Un enemigo de los romanos», desde el punto de vista de Constantino, había perecido.

Al día siguiente, 29 de octubre, Constantino entró en la ciudad. El cuerpo de Majencio fue recuperado, y Constantino hizo clavar su cabeza en una lanza y pasearla por las calles; luego la envió a África para que sirviera de advertencia allí. El senado, que apenas un año antes adulaba a Majencio, decretó ahora su *damnatio memoriae* y eligió a Constantino senior augusto.

Constantino se convertía en el amo indiscutido de occidente.

IV. LA CONVERSIÓN DE CONSTANTINO

Cuando el 1 de mayo de 305 Diocleciano y Maximiano anunciaban su retiro, continuaba aún la persecución de los cristianos. El problema que representaban los cristianos, o más bien el de la insistencia de los emperadores en la uniformidad religiosa, no había quedado resuelto, y los miembros del colegio imperial no tenían una política común al respecto.

Poco después de ser proclamado emperador, Majencio decretó la tolerancia para los cristianos en sus territorios; sin embargo no ordenó la restitución de las propiedades que les habían confiscado. Poco después, unas disensiones entre los cristianos de Roma y la preocupación por el orden público le impulsaron a intervenir en dos ocasiones en los asuntos de la Iglesia, desterrando primero al papa Marcelo y luego al papa Eusebio. La propaganda de Constantino, por supuesto, pintaría más tarde a Majencio como «un tirano».

En abril de 311, en su lecho de muerte, Galerio promulgó un edicto en que Eusebio vio una «clara intervención de la providencia divina» y que se ha llamado con frecuencia la «palinodia de Galerio». En esa memorable retractación, Galerio, bastante desdeñoso con los cristianos, reconoce que la persecución ha fracasado y permite a regañadientes a los cristianos existir y reunirse de modo ordenado; no toma medidas para la restitución. Pide a los cristianos rezar por su salud y por la del estado. Maximino Daia ignoró en sus territorios el edicto de Galerio y continuó con la persecución. Entre sus víctimas estuvo el renombrado presbítero y estudioso Luciano, que sufrió martirio el 7 de enero de 312 en Antioquía.

En cuanto llegó al poder, Constantino hizo cesar la persecución, disponiendo no solo la tolerancia sino también la restitución. Actuó formalmente por su cuenta, sin consultar con sus colegas imperiales. No estaba preparado aún, sin embargo, para abrazar el cristianismo. Sus monedas evidencian su devoción primero a Marte y luego de manera más acusada a Apolo, reverenciado como *Sol Invictus*. Un panegirista que se dirigió a Constantino en Tréveris en 310, después de la rápida actuación contra Maximiano, nos haría creer que, a su vuelta de Marsella, Constantino visitó «el más bello templo del mundo», refiriéndose tal vez al santuario de Apolo Grannus en Grand (cerca de Neufchâtel, en los Vosgos), y allí tuvo una visión: Apolo, acompañado por la diosa Victoria se le apareció y le regaló (¿cuatro?) coronas de laurel, prometiéndole un largo y próspero reinado. El adulador panegirista continúa: Constantino es aquel cuyo

advenimiento «habían profetizado las divinas canciones de los poetas». Es significativo también que desde entonces Constantino se separase de los Herculanos, el partido de Majencio; la nueva propaganda afirmaba entonces que Constancio, el padre de Constantino, descendía del emperador Claudio Gótico (268-70), aunque no se mencionaba exactamente ese parentesco. Una vez más, el principio dinástico prevaleció sobre el principio tetrárquico.

El siguiente paso en el desarrollo de la religiosidad de Constantino ocurrió en 312. Lactancio cuenta que durante la noche anterior a la Batalla del Puente Milvio, en un sueño, le pidieron a Constantino poner el signo de Cristo en los escudos de sus soldados. El signo, según se cree, era la letra griega X (Chi) superpuesta a la letra P (Rho), XP; aunque el lenguaje de Lactancio en este punto no es muy claro, son las dos letras iniciales del nombre de Cristo en griego. Constantino lo hizo —sus tropas paganas debieron quedar asombradas—, ganó la batalla y desde entonces creyó en el poder del «Dios de los cristianos».

Veinticinco años después, Eusebio, en su *Vida de Constantino*, nos da una versión bastante distinta, algo que el mismo Constantino le habría contado a Eusebio, y bajo juramento: Cuando Constantino y su ejército marchaban hacia Roma —no se concreta el tiempo ni el lugar— vieron en pleno día un extraño fenómeno en el cielo: una cruz luminosa y las palabras «hoc signo victor eris», con este signo vencerás o, en griego, *touto nika*. Durante la noche siguiente, Cristo se apareció a Constantino y le mandó poner el signo celestial en el estandarte de batalla de su ejército. Ese nuevo estandarte se llamó *labarum.*

Es difícil conciliar los dos relatos, aunque ambos pueden contener algo de verdad. De los dos, el de Lactancio es con mucho el más creíble. El de Eusebio, aunque se ajusta al ambiente religioso de su tiempo, es sospechoso tanto en su tiempo como en su contenido. Si el fenómeno fue observado por todo el ejército, ¿cómo es que no se difundió ampliamente? El fenómeno, si es que se produjo, puede haber sido un halo solar. Muchos estudiosos, por buenas razones, piensan que el *labarum* no se utilizó antes de 324.

En la sala de Rafael del Vaticano, podemos admirar el gran fresco de la Batalla del Puente Milvio, que nos muestra uno de los eventos más significativos de la historia antigua. Pero, al pintar una cruz en el cielo mientras arde abajo la batalla, incurre en un error histórico. Esa escena no la respalda Lactancio ni tampoco Eusebio.

Podemos estar seguros de que en 312, antes o durante la batalla, Constantino tuvo una experiencia de esa naturaleza que probablemente le interpretó el obispo Osio de Córdoba, que le acompañaba, y que le demostró el poder del «Dios de los cristianos» intimándole a convertirse al cristianismo. También podemos asegurar que se trató más de una convicción religiosa que de un expediente político. Constantino no era un librepensador, sino un creyente; al parecer experimentaba una profunda inclinación para ponerse bajo la protección de un dios supremo. Convertirse al cristianismo no le daba una ventaja que no pudiese obtener con la mera tolerancia, y los cristianos eran aún una exigua minoría en occidente.

Poco después de la toma de Roma, Constantino envió cartas al obispo de Cartago y al procónsul de África que no ofrecen dudas: favorecía la religión cristiana, subvencionaba a la Iglesia con fondos públicos, eximía al clero de obligaciones públicas, creía que la adoración de «la Deidad» era de vital importancia para el bienestar del imperio, y se veía a sí mismo como un siervo de Dios. Pero en qué sentido se convirtió en un cristiano, y si llegó a comprender el mensaje cristiano, es otra cuestión.

A finales de 311 o comienzos de 312, después de la muerte de Galerio pero antes de la Batalla del Puente Milvio, Constantino dio a su hermana Constancia (uno de los seis hijos de Constancio y Teodora) en matrimonio a su colega emperador Licinio. Constancia tenía entonces, como mucho, dieciocho años y Licinio más del doble de esa edad. Este compromiso sellaba el entendimiento político entre los dos emperadores: Constantino tenía las manos libres respecto a Majencio, y Licinio respecto a Maximino Daia. Constantino, según hemos visto, derrotó a Majencio el 28 de octubre de 312 en el Puente Milvio. Maximino Daia sufrió una derrota a manos de Licinio el 30 de abril de 313 en el Campus Ergenus en Tzirallum (cerca de Adrianópolis en Tracia), y se suicidó en Tarso (en Cilicia) poco después, quizá en julio. El mundo romano quedaba ahora en manos de dos amos, Constantino en occidente y Licinio en oriente.

Entre un suceso y otro, probablemente en febrero de 313, los dos emperadores se encontraron en Milán. Y en esa ocasión se celebró el matrimonio de Licinio y Constancia. (Sería interesante saber en qué rito se celebró este matrimonio y cómo se sentiría Constancia). También en Milán, los dos emperadores acordaron una política religiosa común. El acuerdo se expresó, varios meses más tarde, en el edicto que por error se considera comúnmente el Edicto de Milán. El texto de este edicto lo recoge en latín Lactancio y en griego Eusebio. En realidad es una carta que Licinio dirige a los gobernadores de las provincias que antes controlaba Maximino Daia. Les ordena el cese de cualquier persecución contra los cristianos, la restitución de todas las propiedades particulares o corporativas confiscadas a los cristianos, y proclama que los cristianos y cualesquiera otros ciudadanos son libres de practicar la religión que elijan. Llegaba así la tolerancia religiosa que en el pasado habían pedido los apologistas cristianos. No cambiaba el estatus de los cristianos en occidente. Extendía a los cristianos de oriente la misma protección de la que ya gozaban los de occidente. No establecía el cristianismo como religión del estado; ni se convertía Licinio personalmente a la fe cristiana.

Volvemos ahora a Constantino. No hay dudas de que simpatizaba con el cristianismo ya antes de 312, que en 312 se convirtió personalmente a esa fe, y que con el tiempo fue profundizando en su conocimiento. Hay razones para pensar que demostró ese compromiso ya en 312 al negarse a celebrar los tradicionales sacrificios en la colina del Capitolio, aunque estos normalmente eran parte de la entrada triunfal en la ciudad. (Que declinase celebrar esos sacrificios en sus *vicennalia* en 326 no está en cuestión, y que se negase también en 315 al celebrar sus *decennalia* e incluso antes en 312, es lo que concluyen muchos estudiosos, aunque otros no comparten esa conclusión).

Algún profesor (T.G. Elliot, 1996) llega a pretender que Constantino fue educado como cristiano por padres cristianos, que el punto crítico de su experiencia religiosa fue

la Gran Persecución, no la visión de 312, y que comenzó su misión cristianizadora no en 312, sino antes, en 306. Pocos encuentran convincentes estos argumentos. ¿Qué hay de su visión pagana de 310? Por el contrario, otro estudioso (H.A. Drake, 2000) pretende mostrar que Constantino logró una coalición de monoteístas cristianos y paganos, y que persiguió una política de paz, armonía, concordia y flexibilidad, para crear un «espacio público religioso neutral». Esta postura ignora muchas evidencias accesibles hoy, y por tanto tampoco convence.

Otro estudio relativamente reciente (Elizabeth DePalma Digeser, 2000) argumenta que Lactancio se unió a la corte de Constantino en el año 310, y que Constantino, en parte por influencia de su libro *Instituciones Divinas,* adoptó una política de concordia, y consideró a los filósofos monoteístas como aliados; más aún, que la legislación del emperador no mostró preferencia por los cristianos, sino que puso a la Iglesia en una posición de igualdad. Una vez más, estos argumentos han de recibirse con cierto escepticismo.

Constantino parece ser consciente de que la mayor parte de sus súbditos, y especialmente la nobleza senatorial de Roma, son paganos, y evita ofenderles. Retiene aún el oficio de *pontifex maximus.* Los símbolos cristianos tardan en aparecer en sus monedas. El famoso arco triunfal erigido en su honor por el senado y terminado en 315 es otra muestra de lo que decimos. No hay símbolos cristianos en ese arco, y su lenguaje es neutral desde el punto de vista religioso: Constantino, se dice allí, obtuvo la victoria sobre el «tirano» (Majencio) «con la ayuda de la Divinidad (*instinctu divinitatis*) y por la grandeza de su inteligencia (*magnitudine mentis*)». Él es el «libertador de la ciudad» y el «restaurador de la paz».

Ahora se acepta generalmente que Constantino no recibió el bautismo hasta poco antes de su muerte (ver Capítulo 11). Sería erróneo interpretar esto como una falta de sinceridad o compromiso. En los siglos cuarto y quinto muchos cristianos retrasaban el bautismo hasta el final de la vida. Ese fue el caso no solo de Constantino, sino también el de Constancio II, Teodosio I, e incluso san Ambrosio no se bautizó hasta su elección episcopal. San Agustín comenta este caso en sus *Confesiones.* Sin embargo, esa práctica no fue alentada por la Iglesia.

Un extraño relato de la conversión de Constantino aparece en un texto hagiográfico de comienzos del siglo quinto, la *Vida de san Silvestre* o *Acta de san Silvestre.* No menciona la visión de Constantino antes de la batalla contra Majencio. Más bien presenta a Constantino inicialmente como un opresor pagano que obliga a los cristianos a sacrificar a los dioses. El papa Silvestre y el clero se retiran al monte Soracte, fuera de la ciudad.

Luego resulta que Constantino tiene lepra, y los sacerdotes paganos le recomiendan bañarse en sangre de niños para su curación, pero su compasión no le permite seguir ese consejo; despide a los niños que ya habían reunido para ser sus víctimas y a sus madres. Entonces, en un sueño, le visitan los apóstoles Pedro y Pablo. Busca al papa Silvestre en el monte Soracte, como le dice el sueño, y abraza el cristianismo. Después de una semana de preparación, le bautiza el papa Silvestre en Roma y se cura de la lepra.

Silvestre añade otra hazaña: derrota a un feroz dragón que amenazaba a los ciudadanos de Roma. Se supone que todo esto tiene lugar justo tras la entrada de Constantino en la ciudad. Con solo la cronología, ya tenemos suficientes razones para desechar este relato como una ficción: Silvestre no fue papa hasta el año 314.

Pero este extraño cuento gozó de larga vida y ejerció considerable influencia. Fue aceptado por el *Liber Pontificalis* (*Libro de los Papas*), una colección de biografías de papas reunida c. 530. Más tarde, en el mismo siglo, el cuento se adornó aún más, como suele suceder en el género hagiográfico, en el *Cronicón* de Johannes Malalas: Constantino, dice allí, «fue bautizado por Silvestre, obispo de Roma, junto con su madre Helena, y todos sus parientes y amigos y una multitud de romanos». La *Crónica* de Teófanes el Confesor, que data de c. 810-15, dice saber que Constantino y su hijo Crispo fueron bautizados por Silvestre en Roma, y rechaza las informaciones contrarias como una patraña de los arrianos (sobre Arrio y el arrianismo ver Capítulo 7); intenta probarlo refiriéndose al «Baptisterio de Constantino», el Baptisterio Laterano.

El *Breviarium Romanum,* publicado por el papa Pío V en 1568, y el *Martyrologium Romanum,* publicado en 1584 por el papa Gregorio XIII, afirman que Constantino fue bautizado por Silvestre. En 1588 el papa Sixto V procuró que se levantara, en la plaza que queda al norte de la Basílica de San Juan de Letrán, un obelisco egipcio que en su origen trajo a Roma Constancio II, pero que había caído hacía tiempo y estaba allí tirado. En la base del recién erigido obelisco, una inscripción nos informa de que «Constantino fue bautizado aquí». En 1592 el cardenal Cesare Baronio, historiador de la Iglesia y bibliotecario vaticano, afirma en sus *Annales Ecclesiastici* que Constantino fue bautizado por Silvestre. Una última inspirada defensa de esta tesis, contra toda razón, se encuentra incluso en un autor francés de 1906.

Entretanto la versión errónea del bautismo de Constantino ha inspirado algunas destacadas obras de arte religioso. El pequeño pero precioso Tríptico Stavelot, datado c. 1165, que se encuentra en la New York City's Pierpont Morgan Library, los históricos frescos del s. XIII en la iglesia romana de *I Santi Quattro Coronati* y una vidriera del s. XV en la *Church of St Michael* en Ashton-under-Lyne (Greater Manchester) merecen mención, entre otras. La más famosa, sin embargo, es el «Bautismo de Constantino» en la sala de Rafael del Vaticano.

Finalmente, la leyenda de san Silvetre hizo posible la famosa mistificación del s. XVIII conocida como la Donación de Constantino (más formalmente el *Constitutum Constantini*) y que pretende reforzar la autoridad moral y el poder secular del papado. Se presenta en la forma de una carta supuestamente escrita por Constantino en 315 (¿o 317?). Constantino reconoce el primado de la sede de Roma sobre los patriarcados de Antioquía, Jerusalén, Alejandría y Constantinopla (¡pero si Constantino no la había fundado aún!). Agradecido por haber sido bautizado y por haber recuperado la salud, regala el palacio de Letrán a Silvestre y le otorga a él y a sus sucesores el dominio sobre Roma, Italia y «el occidente». Anuncia que construirá su propia capital en oriente (¡otro anacronismo!). Concedió a Silvestre el derecho de portar varias insignias imperiales; y le llevó ceremoniosamente las riendas de su caballo. Uno de los frescos en la capilla de san

Silvestre en la iglesia de *I Santi Quattro Coronati* de Roma, antes mencionada, representa a Constantino haciendo precisamente eso. Y Pepino, el padre de Carlomagno, se dice que hizo lo mismo al papa Esteban II en 754. La Donación de Constantino se declaró finalmente falsa en 1433 por el cardenal alemán Nicolás de Cusa en su *De concordantia catholica*, que publicó mientras asistía al concilio de Basilea, y en 1439 por el humanista italiano Lorenzo Valla en su famoso tratado *De donatione Constantini Magni.*

Vamos a prestar atención una vez más a los sucesos de 312, a la decisión que tomó Constantino ese año en materia religiosa. Esa decisión, lejos de ser un asunto privado, y su implementación en los restantes veinticinco años de vida de Constantino, afectó profundamente tanto a la Iglesia como al estado, a la religión y a la política en el mundo romano. Religión y política estaban, por supuesto, estrechamente relacionadas en ese mundo, como también lo estuvieron en el mundo griego. Los cambios en un ámbito traían cambios inevitablemente en el otro.

En los casi trescientos años de su existencia, la Iglesia había sufrido persecuciones periódicamente; al tiempo que gozaba de independencia. Por su benevolente y activa intervención en los asuntos eclesiásticos, Constantino privó a la Iglesia de esa independencia. Se consideraba a sí mismo no solo un elegido de Dios para gobernar el mundo, sino también un *koinos episkopos* (obispo común), es decir, un supervisor general y árbitro en los asuntos de la Iglesia. Utilizó a la Iglesia como un instrumento de la política imperial y le impuso su ideología imperial. Su deseo de armonía y unidad en la Iglesia prevaleció sobre cualquier otra consideración. Claramente, la Iglesia estaba ahora obligada a adoptar una actitud diferente respecto al imperio, respecto a la autoridad del gobierno y respecto al servicio militar. Al asumir los obispos algunas funciones judiciales y administrativas, la Iglesia se convertía en parte del aparato de gobierno.

Los primeros cristianos habían sido una humilde y oprimida minoría. Con el paso del tiempo eso cambió gradualmente, y podían encontrarse cada vez más cristianos entre los miembros de la clase media urbana. En los tiempos de Diocleciano, los encontramos incluso en la corte y en los restantes servicios imperiales, civiles y militares. Pero solo bajo Constantino adquiere la Iglesia poder y riqueza. La original indiferencia por los bienes de este mundo da paso al uso de esos bienes en servicio de la Iglesia. Conforme crece el número de los cristianos, y cambia el carácter social y demográfico del cristianismo, se produce, inevitablemente, un mayor interés por los asuntos mundanos, como reconoce ya san Jerónimo. La aparición del monacato fue, en cierta medida, una respuesta a ese fenómeno.

El imperio no quedó afectado de manera importante en su estructura e instituciones, que permanecieron en general intactas (ver Capítulo 10), y tampoco en su ideología subyacente. Pero el imperio se convirtió ahora en una imagen del Reino de los Cielos, y el emperador en el virrey de Dios en la tierra. Constantino se convertía en el fundador de un imperio cristiano. Edward Gibbon atribuye la decadencia y caída del imperio romano a cuatro causas; una de ellas cree que es «el triunfo de los bárbaros y de la religión»,

refiriéndose al triunfo de la Iglesia. La yuxtaposición de ambos términos dice mucho sobre los prejuicios de Gibbon, unos prejuicios que no comparten muchos hoy.

V. CONSTANTINO COMO ÚNICO GOBERNANTE DE OCCIDENTE

El poder romano siempre había considerado la supervisión y regulación de los asuntos religiosos como una de sus legítimas funciones, un esfuerzo por mantener la *pax deorum*, la armoniosa relación entre el pueblo romano y los dioses. Los emperadores, comenzando por Augusto, han recabado para ellos el oficio de *pontifex maximus* poniéndose así a la cabeza de la religión establecida.

Constantino, por tanto, seguía la tradición romana cuando anunciaba su apoyo al cristianismo, pagaba subsidios a la Iglesia y otorgaba privilegios al clero. Poco consciente debía ser de que sus actos iban a marcar el comienzo de uno de los grandes problemas de la civilización occidental posclásica, las relaciones de la autoridad secular con la autoridad espiritual, de la Iglesia con el Estado. Y si pensaba que la Iglesia podía suponer una ayuda para la unidad del imperio, muy pronto tuvo que desengañarse. No había contado con que las disputas dentro de la Iglesia iban a absorber una buena parte de su tiempo y energías.

En abril de 313, Constantino recibió una petición de algunos cristianos del norte de África que le remitía el procónsul Anullinus. Los peticionarios presentaban una queja contra Ceciliano, el obispo de Cartago, y suplicaban a Constantino que nombrara jueces entre los obispos de la Galia para atender su caso (de la Galia, porque allí no había habido persecución, decían). Es de notar que los querellantes se dirigieron al emperador, no al obispo de Roma, reconociéndole así como árbitro en los asuntos de la Iglesia. No era sin embargo la primera vez que el emperador intervenía como juez en tales asuntos: cuarenta años antes le habían pedido a Aureliano que juzgara una disputa entre la Iglesia de Antioquía y Pablo de Samosata, su depuesto obispo, sobre las propiedades de la Iglesia.

¿Pero quiénes eran esos peticionarios y cuál era su queja? Para responder a esta pregunta hemos de volver a la Gran Persecución de Diocleciano. No todos los obispos y clérigos habían respondido a la persecución con el mismo grado de fe y fortaleza. Algunos habían desafiado abiertamente a las autoridades, a veces hasta el punto de buscarse el martirio; otros habían abandonado su fe y entregaron dócilmente las Escrituras para que las quemaran, convirtiéndose así en *traditores* (del latín, *tradere,* entregar); otros aún habían seguido una vía media, escondiéndose o entregando libros

heréticos en lugar de las Escrituras. Cuando cesó la persecución surgió un conflicto entre los rigoristas, partidarios de no tratar con esos que habían sido flojos en la fe, y los moderados que adoptaron una postura más indulgente. En el norte de África la batalla se trabó entre Secundo, el primado de Numidia, y Mensurio, el metropolitano de Cartago, representantes de rigoristas y moderados respectivamente. No se trataba simplemente de una disputa teológica o un desacuerdo entre miembros de la jerarquía. Más bien tomó el aspecto de un conflicto entre la población rural, que apoyaba el rigorismo, y la clase media y alta urbana que apoyaba la moderación.

Cuando murió Mensurio en 311, su archidiácono Ceciliano, también del partido moderado, consiguió que tres obispos —el número mínimo necesario para que una elección fuese válida, según la ley eclesiástica— le eligieran obispo y uno de ellos, Félix de Aptunga, le ordenase. Los rigoristas no estaban dispuestos a aceptar el hecho consumado. También atizó el fuego una tal Lucilla, señora rica española, en cuya enemistad había caído Ceciliano por censurar sus demasías y ostentación al venerar la reliquia de un mártir. Así que en 312, el obispo Secundo convocó un concilio de setenta obispos —el número setenta es de rica tradición en la práctica judía y cristiana— en Cartago; este concilio decretó que la elección de Ceciliano no era canónica, le depuso, y eligió a Majorino, el capellán de la señora Lucilla, en su lugar. Pero Ceciliano no renunció fácilmente, y fue quien al fin se benefició del favor de Constantino.

Al formular la respuesta a esta petición, Constantino probablemente contó con la ayuda del obispo Osio de Córdoba, que se había unido a la corte como consejero en 312. Constantino eligió a tres obispos galos para que juzgaran la disputa; estos fueron Reticio de Autún, Materno de Colonia y Marino de Arlés. También pidió a Melquíades, obispo de Roma, que presidiera. Ceciliano fue invitado a defenderse en persona y se le permitió la compañía de diez de sus partidarios; a sus oponentes también se les invitó a enviar diez representantes. Melquíades, a su vez, añadió quince obispos italianos al número de los jueces, convirtiendo el asunto en un sínodo de obispos, el Sínodo de Roma. Entretanto Majorino había muerto; los rigoristas le sustituyeron por un cierto Donato y fueron conocidos así en adelante como donatistas. El sínodo se reunió el 2 de octubre de 313 en el Palacio Laterano de Roma, que Constantino había dado al obispo de Roma como residencia. El concilio solo necesitó tres días para pronunciarse a favor de Ceciliano. Los disidentes no se conformaron; apelaron, no al obispo Melquíades, sino al emperador. La ordenación de Ceciliano era inválida, pretendían, pues Félix, el obispo que le había consagrado, había sido un *traditor*, esto es, uno que había entregado las Escrituras. Incluso impugnaban al obispo Melquíades porque había sido diácono, diez años atrás, de Marcelino, obispo de Roma al que consideraban también *traditor*.

Constantino respondió a la apelación convocando un concilio más amplio de obispos que habría de reunirse el 1 de agosto de 314 en Arlés, en el sur de la Galia, bajo la presidencia de Marino, el obispo de la ciudad huésped. Ofreció generosamente a los participantes los servicios de transporte imperiales. Se reunieron treinta y tres obispos, la mayor parte de la Galia, pero también cinco de Britania, y otros trece clérigos. Entre ellos estaba Agricio de Tréveris (a quien hemos mencionado en el Capítulo 3), pero no

Melquíades. Antes de que terminase el concilio, falleció Melquíades y le sucedió Silvestre, a quien según vimos una tradición le relaciona con la conversión y bautismo de Constantino (ver Capítulo 4). En su *Vida de Constantino*, en el contexto de los acontecimientos de los años 312-15, Eusebio refiere autorizadamente que Constantino convocó sínodos de los siervos de Dios, se sentó con ellos en sus asambleas y participó en sus deliberaciones. Eso ciertamente sugiere pero no prueba que Constantino en persona asistiese al concilio. El concilio estuvo reunido durante algunas semanas, porque no solo consideró el problema donatista, sino también otras materias, como el celibato del clero, la consagración de obispos, la datación de la Pascua, la espinosa cuestión del re-bautismo, y de los cristianos que servían en el ejército romano. Al terminar, el emperador despidió a los obispos, llamándoles *fratres carissimi* (queridos hermanos), pero, según se dice, cansado de ellos.

En la conclusión del concilio, los obispos informaron de sus trabajos y decisiones al papa Silvestre; se conserva una parte de su carta y de los veintidós cánones. Al igual que sus colegas reunidos en Roma el año anterior, se pronunciaron a favor de Ceciliano y contra Donato. Los donatistas no se sometieron. Constantino decretó una sentencia imperial contra ellos en el otoño de 316. Sus intentos de suprimirlos mostraron su disposición a usar los poderes del estado para terminar con un peligroso cisma en la Iglesia, pero no lo consiguió. Aunque el así llamado Edicto de Milán había proclamado la tolerancia religiosa en todo el imperio, ordenó confiscar sus propiedades y el exilio de sus líderes. En 321 decidió abandonar el uso de la fuerza contra ellos y se dedicó a otros asuntos. La cismática iglesia donatista tuvo considerable fuerza en el norte de África a lo largo de los siglos cuarto y quinto. En 336 se reunió un concilio al que acudieron al menos 270 obispos donatistas. La teología de san Agustín se configuró en parte como una respuesta al desafío donatista. Solo la invasión musulmana del siglo séptimo borró finalmente los últimos restos del donatismo.

El emperador partió de Arlés para la frontera del Rin y emprendió una campaña ese otoño contra las tribus germanas. Eusebio, con su acostumbrada hipérbole, refiere que Constantino obtuvo la victoria contra «todas las naciones bárbaras», y algunas de las monedas acuñadas en 314-15 le celebran como *victor omnium gentium.* El 29 de octubre, 8 de noviembre y 30 de diciembre se puede deducir por las firmas recogidas en el *Codex Theodosianus* (la codificación de Derecho Romano llevada a cabo por el emperador Teodosio II en 438) que residió en Tréveris. Estaba en Tréveris también cuando optó al consulado para el año 315, según sabemos por una moneda acuñada para celebrar este evento. Durante una campaña anterior había construido un puente sobre el Rin, según vimos en el Capítulo 3. En 315 completó y dedicó un fuerte a la Divinidad (Deutz) en la margen derecha del Rin, frente a Colonia, según sabemos por la inscripción dedicatoria que aún se conserva.

Esto debió ser después de acudir a Roma, para celebrar allí el comienzo de su *decennalia* (el décimo aniversario de su aclamación). Llegó el 18 o 21 de julio. El famoso Arco de Constantino, al que nos hemos referido en el Capítulo 3, se terminó a tiempo y se dedicó como parte de estas fiestas. Hubo carreras en el circo, juegos y

donativos, pero Constantino omitió los tradicionales sacrificios a los dioses paganos (ver Capítulo 4). A los oficiales imperiales de alta graduación, les regaló medallones de plata, con ocasión de la *decennalia,* que llevaban símbolos cristianos. El 27 de septiembre dejó Roma para volver a la Galia. El 19 de octubre de 315 lo pasó en Tréveris, en compañía de sus hijos Crispo y Constantino II, su esposa Fausta y su madre Helena.

Convendrá a continuación examinar el programa de construcciones de Constantino en la ciudad de Roma y situarlo en su contexto político y religioso. Durante el reinado de Diocleciano, la ciudad de Roma perdió buena parte de su importancia política y dejó de ser un centro de poder efectivo. Las nuevas residencias imperiales, como Nicomedia y Tréveris, eran ahora los verdaderos centros del poder. Aunque Roma era aún la sede del senado, esa corporación se limitaba ya ampliamente a las funciones honoríficas y ceremoniales; incluso el prefecto urbano era nombrado por el emperador. Por otra parte, los senadores representaban riqueza y venerable tradición; muchos de ellos servían como cónsules, prefectos o gobernadores provinciales. Su presencia hacía de Roma la única capital legal, venerada aún por su larga historia y celebrada por los poetas. Diocleciano había reconocido esto eligiéndola para celebrar allí su *vicennalia*, como ya mencionamos. Constantino siguió su ejemplo celebrando en la ciudad su *decennalia* y su *vicennalia*, pero después de 326 no volvió a visitarla.

La actividad constructora de los emperadores también nos dice que el significado simbólico de la ciudad no se había perdido para ellos de ninguna manera.

Diocleciano restauró la Curia y la Basílica Julia en el Foro Romano, que habían sido destruidas por incendios, y construyó las monumentales termas que llevan su nombre y albergan hoy el *Museo Nazionale Romano delle Terme* y la Iglesia de Santa María de los Ángeles.

Majencio dejó a la ciudad de Roma un remodelado Templo de Venus y Roma, la rotonda que erróneamente se conoce como el Templo de Rómulo (por su hijo Rómulo, no el fundador), la inacabada Basílica Nova (también conocida como Basílica de Constantino), todo esto en el Foro, y en la Vía Appia un circo y un mausoleo. También levantó la Muralla Aureliana hasta el doble de su altura original; es ironía del destino que no le salvara en aquel día fatal de octubre de 312.

Constantino no se quedó atrás, aunque no parece que le gustara la ciudad. En la colina del Quirinal, donde está hoy el palacio presidencial, construyó unas termas; de ellas se conservan las dos estatuas de los Dióscuros (Cástor y Póllux), que flanquean un obelisco. En el Foro Romano terminó la enorme Basílica Nova que Majencio dejó inacabada, añadiéndole un segundo ábside en el norte y una segunda entrada en el lado sur. Este edificio fue la última de las grandes basílicas civiles de Roma, y es con razón considerada una obra maestra de ingeniería y arquitectura. Consiste en una nave central y dos más a cada lado; solo queda en pie hoy la nave norte. La cubierta de la nave era abovedada y la soportaban ocho columnas monolíticas; una de ellas se conserva, situada hoy en *Piazza Santa Maria Maggiore.* A su madre le asignó el Palacio Sesoriano, del que siguen en pie impresionantes restos y una amplia nave que más tarde se convirtió (según nuestra opinión, bajo los hijos de Constantino) en la Basílica de la Santa Cruz en

Jerusalén. Se sabe que su madre restauró las termas que se llamaron en adelante con su nombre, pero que no se conservan hoy. El masivo cuádruple arco, conocido como Arco de Jano, en el Foro Boario, es probable que sea también del reinado de Constantino.

Las iglesias de Constantino nos interesan especialmente. Las cuatro «iglesias patriarcales» de Roma son *San Giovanni in Laterano, San Pietro in Vaticano, San Paolo fuori le mura* (San Pablo Extramuros)*,* y *Santa Maria Maggiore.* Las dos primeras se construyeron por orden de Constantino y a su costa, la tercera es menos seguro que se le pueda atribuir y la cuarta se construyó un siglo más tarde.

Entre las propiedades imperiales que llegaron a manos de Constantino cuando se convirtió en el amo de Roma estaba el Palacio Laterano, llamado así por la familia que en tiempos lo tuvo, pero que lo perdió en el reinado de Nerón, los Laterani; también era conocido como *domus Faustae*, porque había sido parte de la dote de Fausta. Constantino dio este palacio al papa Melquíades como residencia, y allí se celebró el sínodo que trató el problema donatista. Junto al palacio estaban los cuarteles de los *equites singulares,* una unidad militar que Constantino disolvió. Ordenó derribar los cuarteles para construir su primera fundación cristiana, que originalmente se llamó *Basilica Salvatoris* o la Basílica Constantiniana, pero más tarde *San Giovanni in Laterano* (San Juan de Letrán); las obras comenzaron antes de 315, quizá en el otoño de 312. Se trataba de un amplio edificio, que medía 98 x 56 m., y constaba de una nave central y cuatro laterales, un ábside y una cubierta de madera. Queda muy poco de la construcción original. Junto a la basílica construyó el gran baptisterio octogonal que se convirtió en modelo para otros baptisterios posteriores. *San Giovanni in Laterano* era y aún es la «madre y cabeza de todas las iglesias de la ciudad de Roma y de toda la tierra», la iglesia catedral de Roma.

Las obras de la «antigua Basílica San Pedro» (la llamamos así para distinguirla de la basílica actual) comenzaron entre 315 y 319 y se terminaron en torno a 329. Esta basílica era incluso mayor que la de San Juan de Letrán, pues tenía 120 m. de longitud. También era diferente en estructura, con nave central y cuatro laterales, pero incorpora un atrio (una característica que se encuentra también en otras iglesias del siglo cuarto), un nártex y un gran crucero. Una inscripción dedicatoria en letras de oro aparecía sobre el arco de entrada. La columnata interior constaba de 96 columnas. Cuatro de estas columnas se reutilizaron en 1610-12 por los arquitectos Giovanni Fontana y Flaminio Ponzio en la construcción de la *Fontana dell'Acqua Paola* en la colina del Janículo. En el centro del transepto o crucero estaba el *martyrium,* la tumba de san Pedro, pues esta basílica se construyó expresamente sobre la tumba del apóstol (y en el proceso se cubrió un antiguo cementerio).

El *Liber Pontificalis* cuenta que Constantino puso una gran cruz de oro puro sobre la tumba de san Pedro, y también registra, aunque de modo imperfecto, la inscripción que llevaba la cruz. Según esta inscripción, los donantes eran Constantino y Helena. La existencia de esta cruz está confirmada por la talla en la parte de atrás de un cofrecito de marfil del siglo quince, encontrado cerca de Pula de Istria y que ahora puede verse en el Museo Arqueológico de Venecia.

En la Vía Appia, sobre la catacumba de san Sebastián, erigió Constantino la *Basilica Apostolorum*, así llamada por la creencia de que, en tiempos de las persecuciones, las reliquias de los apóstoles Pedro y Pablo se habían llevado allí por motivos de seguridad. La antigua iglesia, con planta en forma de U y un ambulatorio en torno al ábside, era considerablemente mayor que la actual de san Sebastián. Otra basílica funeraria de Constantino de semejante diseño es la de san Lorenzo en la Vía Tiburtina.

En la antigua Vía Lambicana, hoy Vía Casilina, no lejos de Porta Maggiore, erigió Constantino una basílica en honor de los mártires Marcelino y Pedro. Aneja a esta basílica estaba la rotonda cubierta que Constantino proyectó como un mausoleo para él y su familia. La basílica no se conserva y fue reemplazada por una iglesia de construcción más reciente. Pero del mausoleo quedan algunos restos, conocidos como Tor Pignattara, por las vasijas de barro (*pignatte*) que contiene su fábrica. Un nicho rectangular en el muro del mausoleo, frente a la entrada, tuvo en un tiempo el sarcófago de pórfido de Helena, que está ahora en la *Sala a Croce Grece* del Museo Vaticano.

Con frecuencia se señala que las fundaciones cristianas de Constantino se construyeron todas en terrenos de propiedad imperial o fuera de los muros de la ciudad, lejos de los templos paganos del centro de la ciudad. Todas estuvieron dotadas con riqueza, y no reparó en gastos, pero las iglesias eran más esplendorosas en el interior que en el exterior. La ambigüedad de su programa de construcción corre pareja con la de su programa político: quería promover el cristianismo, pero evitaba un conflicto abierto con el partido pagano. Para la historia de la arquitectura es significativo que Constantino escogiera para sus iglesias un estilo de construcción que había servido mucho tiempo atrás para fines seculares, la basílica.

VI. EL CONFLICTO CON LICINIO

A comienzos de 313, Constantino y Licinio se reunieron en Milán, según hemos visto en el Capítulo 4, y acordaron una política religiosa común. También estuvieron de acuerdo, sin dividir el imperio, en sus respectivas esferas de control. Licinio no reclamó Italia, que en derecho era suya en virtud de su nombramiento original, pero que había sido tomada por Constantino en su lucha contra Majencio. Licinio marchó para eliminar a Maximino Daia y a luchar primero en la frontera de Persia y luego contra los godos. Constantino emprendió una campaña en la frontera del Rin y acudió a Roma para celebrar su *decennalia,* según vimos. Hacia julio de 315, Constancia dio un hijo a Licinio, al que llamaron Valerius Licinianus Licinius; el nacimiento de este niño podría haber servido para fortalecer los lazos entre los dos emperadores. En 312, 313 y 315 Constantino y Licinio compartieron el consulado, los dos por segunda, tercera y cuarta vez; en 314 permitieron que dos senadores sirvieran como cónsules. Los augustos aparecían juntos en algunas de las monedas acuñadas en esos años. El senado, después de la Batalla del Puente Milvio, había nombrado a Constantino como *Maximus Augustus* (augusto senior), y así se le menciona en algunas inscripciones. Pero el programa de ornamentación del Arco de Constantino sugiere armonía e igualdad entre ambos gobernantes, pues se les representa allí no menos de ocho veces en estricto paralelismo. Con todo, la relación entre los dos hombres era bastante tensa. Una profunda desconfianza debió existir por ambas partes, pues los dos habían demostrado por su pasada conducta que su objetivo último era el poder absoluto. El acuerdo de 313 había nacido de la necesidad, no de una mutua buena voluntad. Era inevitable que estallaran las hostilidades.

Sucedió en 316, no en 314 como refiere una de nuestras fuentes y afirman algunos estudiosos erróneamente. Los movimientos de Constantino registrados en ese año lo dicen claramente: en enero se le ve en Tréveris, en marzo en Châlons-sur-Saône, en mayo en Viena, en agosto en Arlés, y en septiembre en Verona, mientras Licinio parece haber estado en los Balcanes. Por ese mismo tiempo la imagen de Licinio desaparece en las monedas de bronce de las cecas de Arlés, Tréveris, Roma y Ticino, y sugiere una ruptura de relaciones. El 8 de octubre los dos ejércitos se encuentran en Cibalae en Panonia (actual Hungría); por eso esta guerra es conocida como *bellum Cibalense.* El ejército de Licinio, a pesar de la superioridad numérica, sufre enormes pérdidas, y Licinio huye del campo de batalla, primero va a la relativa seguridad de Sirmium y luego

a Adrianópolis. Se sabe que llevó con él a su esposa, su hijo y su tesoro. Tuvo lugar una segunda batalla, quizá en enero de 317, en el *campus Ardiensis*, en Tracia (en la península balcánica); ninguno de los dos bandos obtuvo una clara victoria en este segundo encuentro.

Según los términos de un acuerdo, Licinio cedía a Constantino todas sus provincias europeas excepto Tracia y conservaba su posición de augusto. El 1 de marzo de 317, en Serdica (actual Sofía), Constantino anunció el nombramiento de tres césares. Eran su hijo Crispo (de Minervina), de unos doce años, su hijo Constantino (de Fausta), nacido el 7 de agosto de 316, y el hijo de Licinio, el joven Licinio, nacido de su hija Constancia y que contaba con veinte meses de edad. Aunque estos nombramientos daban clara ventaja a Constantino, se intentaba con ellos curar la ruptura entre los dos emperadores. *Concordia Augustorum*, proclamaban algunas monedas acuñadas para la ocasión.

El consulado lo ostentaron de nuevo dos senadores en 317. En 318 fue compartido por el augusto Licinio, por quinta vez, y el césar Crispo por primera vez. Al año siguiente, según acuerdo recíproco, los dos cónsules fueron el augusto Constantino, por quinta vez, y el césar Licinio por primera vez. En 320 Constantino abandonó el principio de reciprocidad y de compartir honores, al asumir el consulado por sexta vez y tener como colega a su hijo Constantino de cuatro años. Para el 321 Constantino reclamó ambos consulados de nuevo para su propia familia, nombrando a sus hijos Crispo y Constantino, los césares, por segunda vez. No sorprende que no fuesen reconocidos en oriente, donde los dos Licinios reclamaron el consulado para ellos. Tanto para 322 como para 323, Constantino nombró a distinguidos senadores, y para 324 a sus hijos Crispo y Constantino una vez más; ninguno de estos fue reconocido por Licinio. La *Concordia Augustorum* se había roto.

En materia religiosa también había desviaciones, después de la Batalla del Puente Milvio, Constantino no había abandonado inmediatamente o del todo su alianza con el dios sol. En el reverso de sus monedas aparece la inscripción *Soli Invicto Comiti* (al aliado sol invicto) hasta 320. Cuando, en 321, ordena a los tribunales no trabajar en domingo, no se refiere a ese día como el «día del Señor», sino como el «día en que se celebra la adoración del sol». Con todo, él se ve a sí mismo como siervo del Dios cristiano, que «le ha encargado el gobierno de todas las cosas terrenales». Hubo una profundización gradual en su compromiso y en la fe en el evangelio. En 315 la ceca de Ticino produjo una medalla de plata en que aparece Constantino con el monograma cristiano en su casco. La moneda es así, como la política de Constantino, ambigua, evidenciando no una conversión repentina sino solo un gradual cambio de actitud.

Hay otra evidencia que debemos considerar. El obispo Osio se contó entre los consejeros más cercanos a Constantino. A otro cristiano, el instruido Lactancio, le encargó Constantino la educación de su hijo Crispo. (Por desgracia no sabemos exactamente cuándo asumió sus funciones Lactancio ni la postura de Crispo en materia de religión). En su *Sobre las muertes de los perseguidores,* c. 314, Lactancio llama a Constantino «el primero de los emperadores romanos que, habiendo repudiado los errores, reconoció y honró la majestad del único Dios». El *Discurso a la Asamblea de*

los Santos de Constantino, publicado un Viernes Santo entre 317 y 324, o como se ha sugerido, en 325 en Antioquía, indica también su continua evolución religiosa por influencia de Lactancio. Y además tenemos su legislación claramente favorecedora de la Iglesia: en 318 amplió la autoridad judicial de los obispos; en 320 suprimió las incapacidades impuestas por Augusto a los célibes; en 321 legalizó los legados a la Iglesia; en el mismo año permitió la manumisión de esclavos en las iglesias.

Licinio siguió un camino diferente. Había estado de acuerdo con una política de tolerancia y acató esa política durante un tiempo. Su esposa era una devota cristiana, como sabemos por la correspondencia entre ella y Eusebio de Cesarea. Pero él nunca se convirtió. En 313, antes de la batalla contra Maximino Daia, hizo rezar a sus soldados una oración monoteísta, pero no cristiana. Sus monedas evidencian devoción a *Jupiter Conservator*, en la tetrárquica tradición fundada por Diocleciano. Sospechaba que sus súbditos cristianos apoyaban a Constantino. En cierto momento recurrió a varias medidas opresivas: expulsó a los cristianos del servicio imperial, prohibió a los cristianos reunirse para su culto en las iglesias, debían hacerlo al aire libre, fuera de las puertas de las ciudades y en separadas asambleas de hombres y mujeres, y prohibió a los obispos visitar a los de otras ciudades, haciendo así imposible reunirse en concilios u ordenar a otros obispos. Lo hizo, a pesar de que Eusebio, el obispo de Nicomedia, era un favorito de Constancia y tenía considerable influencia en la corte.

Al parecer también hubo casos de arresto y ejecución. El famoso martirio de los Cuarenta mártires de Sebaste —de soldados cristianos que prefirieron morir sumergidos en agua helada antes que sacrificar a los dioses— se atribuye a Licinio. La postura de Licinio permitió a Constantino aparecer como el libertador de los cristianos oprimidos en la mitad oriental del imperio y presentar la inminente guerra como una cruzada a favor del Dios de los cristianos. Licinio, según la *Vida de Constantino* de Eusebio (que no es un testigo imparcial), «confió en la ayuda de una multitud de dioses» hasta su amargo final.

Mientras la tensión entre los dos emperadores crecía, Constantino reunió sus fuerzas en los Balcanes, y residió la mayor parte del tiempo en Sirmium o Serdica. En 323, en el curso de una campaña contra los godos (¿o Sármatas?), que habían cruzado el Danubio e invadido territorio romano, violó el territorio de Licinio creando así un *casus belli*. Las hostilidades comenzaron en 324; ambas partes reunieron ejércitos de más de 100.000 hombres. Constantino derrotó a Licinio dos veces: el 3 de julio en Adrianópolis, y el 18 de septiembre en Crisópolis; la victoria, eso se dice ahora, le vino a su ejército por el maravilloso poder del *labarum*. Licinio sobrevivió a ambas batallas, huyó a Nicomedia y se rindió a Constantino poco después. Constantino entró en triunfo en Nicomedia; se había convertido en el único e indiscutido dueño del mundo romano.

Una sustancial contribución a la victoria de Constantino corrió a cargo de su hijo Crispo, que ya había intervenido antes en operaciones contra los francos y los alamanes. Esta vez, a pesar de su juventud, se le encargó el mando de una flota reunida en Tesalónica consistente en 200 barcos de guerra y 2000 transportes (necesarios estos para trasladar las tropas a través del Bósforo). Derrotó a un oscuro almirante de Licinio,

Abantus o Amandus, en la entrada del Helesponto, asegurando el Helesponto, la Propóntide (actual mar de Mármara) y el Bósforo, y bloqueó Bizancio, que cayó después de un asedio de dos meses y medio.

Constancia parece haber estado junto a su marido todos estos años, que debieron ser difíciles, dadas las diferencias entre marido y mujer en edad y religión. Después de la Batalla de Crisópolis ella acudió a Constantino e intercedió por la vida de su marido. Constantino cedió a los ruegos de su hermana, y le prometió respetar la vida de Licinio. Entonces Licinio se entregó al vencedor, quien le ordenó vivir como ciudadano corriente en Tesalónica. Solo unos meses después, sin embargo, en la primavera de 325, decretó la muerte de Licinio. Tres de nuestras antiguas fuentes nos dicen que al hacerlo quebrantó un solemne juramento. Una de estas fuentes, el historiador Zósimo, es bastante hostil respecto a Constantino, pero no se puede decir lo mismo de las otras dos, Eutropio y san Jerónimo. Eusebio, que trata siempre de ver las faltas de Constantino con indulgencia, sin dar detalles afirma sencillamente que Constantino sometió a Licinio «al justo castigo de la muerte». En el siglo siguiente, el historiador Sócrates dice conocer que Licinio había conspirado con algunos bárbaros para volver a la guerra, una historia poco creíble desde luego.

Incluso el joven Licinio, un niño de apenas diez años, cayó víctima de la ira o sospechas de Constantino. Tenemos tres relatos de su muerte; en su conjunto establecen que ocurrió en 325 o 326. Uno se pregunta cómo podría justificar Constantino la muerte de un niño inocente, su propio sobrino, y cómo se lo reprocharía amargamente Constancia. Ella sobrevivió a su marido y su hijo algunos años, ocupando una posición de honor e influencia en la corte de Constantino con el rango de *nobilissima femina.* Incluso asistió al concilio de Nicea y fue partidaria de la causa arriana, que veremos en el capítulo próximo. Cuando ella murió, se la honró incluso con una moneda conmemorativa y se llamó Constancia a la ciudad de Maiuma, el puerto de Gaza en Palestina.

Hubo aún otra víctima de la venganza de Constantino, doce años más tarde. Fue un segundo hijo ilegítimo de Licinio, que le nació de una esclava y que no debe confundirse con el hijo de Constancia, aunque no pocos estudiosos, comenzando por Otto Seeck, lo han hecho. Este hijo, del que no conocemos el nombre, es el sujeto de dos rescriptos de Constantino. El primero se recibió en Cartago, en abril de 336, y ordenaba que «el hijo de Liciniano» que ha «alcanzado la cima de la dignidad» (probablemente el rango de *vir nobilissimus*), debía ser privado de todos los honores y propiedades, ser flagelado y mutilado, y devuelto al estatus propio de su nacimiento. Por el segundo rescripto, recibido en Cartago el 21 de julio de 336, nos enteramos de que el desgraciado «hijo de Liciniano», que había escapado y luego vuelto a detener, debía ahora ser mutilado y destinado a trabajar en el *gynaeceum* de los telares imperiales de Cartago.

Una vez aseguradas sus recién adquiridas provincias orientales, Constantino no perdió tiempo en ordenar los asuntos religiosos. Una carta circular a los provinciales, aún en el otoño de 324, va significativamente más lejos del llamado Edicto de Milán. Ya no hay una pretensión de neutralidad, ya no disimula sus simpatías religiosas, más bien acentúa

la verdad del cristianismo y los errores del paganismo. El poder de Dios le ha otorgado la victoria, así escribe, para que ponga fin a la impía tiranía. Ordena la liberación de todos los cristianos condenados a trabajos forzados, el regreso de todos los cristianos exiliados a sus hogares, y la restitución de todas las propiedades, privadas o corporativas, confiscadas a los cristianos. Anima a los obispos a reparar las iglesias dañadas y a construir otras nuevas donde se necesiten. Llega incluso más lejos al prohibir sacrificar a los dioses paganos, la consulta de oráculos y la dedicación de nuevas imágenes de culto.

Reforzando la prohibición se tomaron por supuesto otras medidas; el paganismo no murió de muerte súbita. Después de Constantino, otros emperadores, sobre todo Constancio II y Teodosio I, consideraron necesario llevar más lejos la legislación antipagana. Sopastros, filósofo neoplatónico y augur pagano, siguió en el servicio de Constantino durante algunos años. Otro seguidor del neoplatonismo y sacerdote de los misterios eleusinos, Nicagoras, viajó a Egipto en el servicio de Constantino. Presumiblemente las tendencias monoteístas del neoplatonismo aún atraían a Constantino. Pero el *Contra los cristianos* de Porfirio fue condenado a las llamas. El cristianismo era ahora, no solo la religión favorecida, sino la privilegiada del imperio.

VII. LA CONTROVERSIA ARRIANA: EL CONCILIO DE NICEA Y SUS CONSECUENCIAS

Durante sus primeros trescientos años de vida, la Iglesia no solo tuvo que soportar periódicas persecuciones; también se vio amenazada desde dentro por varios movimientos heréticos o cismáticos como docetismo, gnosticismo en sus variadas manifestaciones, montanismo, sabelianismo y donatismo. Frente a estos retos la Iglesia necesitó fortalecer su organización, establecer el canon de las escrituras y definir más claramente su doctrina. Un punto que necesitó aclaración fue la enseñanza de la Iglesia sobre Dios. En occidente, nunca muy dado a la especulación filosófica o teológica, la Iglesia gozaba ampliamente de paz a este respecto, creyendo en el Dios único y en la igualdad de las tres personas en su seno. No así en oriente, donde Orígenes especialmente había dado al estudio de la teología un carácter más filosófico y específicamente platónico. La cuestión surgida a comienzos del siglo cuarto afectaba a la exacta relación entre el Hijo y el Padre. Según la expresaba el teólogo protestante alemán Adolf von Harnack, en 1905, la cuestión era esta: «¿Es el divino que ha aparecido en la tierra, unido como hombre con Dios, idéntico al ser supremo divino que gobierna cielos y tierra, o es un semidiós?». El dogma de la Trinidad, el clímax del desarrollo doctrinal de la primitiva Iglesia, fue eventualmente la respuesta a esa cuestión.

La Iglesia de los siglos primero y segundo había ya contestado a la primera parte de la cuestión de Harnack más que a la segunda. «Cristo […] por encima de todo, Dios bendito por los siglos», podemos leer en Romanos 9, 5. La homilía del siglo segundo conocida como 2 Clemente comienza así: «Hermanos, debemos creer que Cristo es Dios, juez de vivos y muertos». Y en el *Martirio de Policarpo* (155 o 156) encontramos esto: «Le adoramos [a Cristo] como el Hijo de Dios; a los mártires, como discípulos e imitadores del Señor, les reverenciamos». Pero estaba también el punto de vista adopcionista: sostenía que la divinidad se le otorgó al hombre Jesús en un cierto momento: en su bautismo o su resurrección; cabe interpretar Hch 2, 32-36 en este sentido. Y los así llamados monarquianos (término que incluye a los sabelianos) del segundo y tercer siglo sostenían que Padre, Hijo y Espíritu Santo son solo diferentes «modos» (de ahí el modalismo) de presentársenos el Dios único.

No es casualidad que esta cuestión se plantease en Alejandría, algo después del 312. El obispo Alejandro invitó a varios presbíteros a expresar su interpretación de un pasaje

de la Biblia, al parecer Proverbios 8, 22-31: «El Señor me creó al principio de sus tareas…», etc. El instruido (y algo arrogante, según se dice) Arrio, un antiguo discípulo de Luciano de Antioquía, presentó su doctrina de Cristo como una criatura: Cristo, antes de ser engendrado o creado no existiría; hubo un tiempo en que él no era. Por tanto Cristo no es coeterno con el Padre. Padre, Hijo y Espíritu Santo son tres *hypostaseis* distintas (en griego, *hypostasis* o *ousía*; en latín, *substantia*; en español, sustancia o esencia). El Hijo está subordinado al Padre, sería un intermediario, como el primero entre las criaturas.

Hacia el año 318, el obispo Alejandro reunió en concilio a un centenar de obispos de Libia y Egipto que condenaron la doctrina de Arrio y le excomulgaron. Arrio llamó en su ayuda a Eusebio de Cesarea y Eusebio de Nicomedia; ambos obispos intercedieron en su favor, con gran enojo de Alejandro. Arrio acudió primero a Cesarea y más tarde encontró refugio en Nicomedia, donde no solo el obispo, un compañero «lucianista», sino también la emperatriz estaban claramente de su parte (319); la disputa continuó.

Cuando Constantino, antes de finales de 324, tuvo noticias de la disensión, envió a Osio, su consejero espiritual de confianza, a Alejandría para intentar la unidad. Osio llevaba una carta que Constantino dirigía tanto a Arrio (que había vuelto a Alejandría) como a Alejandro. En esta carta Constantino manifestaba su consternación y profundo desagrado ante lo que había sabido.

Había esperado, decía, encontrar en ellos remedio para los errores de otros (se refería a los paganos), pero esas esperanzas se habían ahora desvanecido. Encontraba la causa de su disputa trivial e insignificante; esas cuestiones no debían haberse planteado nunca, ni merecían una respuesta. «Devolvedme noches pacíficas y días sin sobresaltos», les pedía.

La misión de Osio fracasó. Al volver a Nicomedia se detuvo en Antioquía, a comienzos de 325, donde se unió a un grupo de más de cincuenta obispos, reunidos para elegir un nuevo obispo de la ciudad; la elección recayó en Eustacio, un firme antiarriano. Osio no encontró dificultad en obtener de los reunidos la condena de Arrio y de su doctrina; anatematizaron a «los que dicen que el Hijo de Dios es una criatura» o que «hubo un tiempo en que él no existió». Tres obispos disidentes, incluyendo a Eusebio de Cesarea, fueron excomulgados, pero se les dio la oportunidad de rehabilitarse en un futuro concilio.

Constantino reaccionó ante la crisis convocando el que se conoce como primer Concilio Ecuménico de la Iglesia, señalando primero Ancira y luego Nicea como el sitio donde se reuniría. Entre doscientos y trescientos obispos respondieron a la llamada; el número exacto no puede determinarse, 318 se ha dado a veces como el número correcto, pero eso no puede asegurarse. Es probablemente un eco de Gn 14, 14 donde se da ese número para los siervos de Abrahán. Los que acudieron procedían principalmente de oriente. El papa Silvestre, por su mala salud, envió a dos diáconos para representarle. Italia, Galia y África enviaron solo un obispo cada una. Britania no envió a nadie, aunque obispos británicos habían participado en el concilio de Arlés; tampoco lo hizo Hispania, aunque el obispo Osio asistió en su calidad de consejero de Constantino, y

tuvo precedencia incluso sobre los enviados del papa. Alejandro de Alejandría estaba allí, por supuesto; así como Eustacio de Antioquía y Marcelo de Ancira, otro firme oponente de Arrio. Algunos de los obispos reunidos habían sido confesores de la fe que sufrieron la Gran Persecución, como quizá Pafnucio de Egipto y Spiridón de Chipre, pero hay dudas sobre estos nombres. Es segura la asistencia de Atanasio, protegido del obispo Alejandro, diácono y secretario, cuya carrera dominaría pronto la historia de la controversia hasta su muerte el 2 de mayo de 373.

La sesión de apertura se celebró en junio de 325 en la la gran sala del palacio de Nicea. Constantino estuvo allí; resplandeciente en sus vestiduras imperiales, pronunció un discurso de apertura. Instó a la armonía y deploró la disensión, que consideraba peor que la guerra o cualquier otro desastre. Y continuó no solo asistiendo, sino participando también en las deliberaciones, así que difícilmente pudieron ser de abierta y libre discusión. Al comienzo, Eusebio de Cesarea, aún bajo la pena de excomunión de Antioquía, presentó el credo bautismal de su iglesia en Cesarea. Fue aceptado en principio, pero se le añadieron significativas expresiones antiarrianas. El mismo Constantino, probablemente por consejo de Osio, propuso la inclusión del término *homousios* (latín, *consubstantialis*; español, consustancial). Se añadieron anatemas contra los que dijeren que el Hijo «alguna vez no existía», o «no existía antes de ser engendrado», o que fue creado, o era de una sustancia o esencia distinta de la del Padre. El credo que resultó era así muy diferente del presentado por Eusebio.

Firmaron todos los obispos excepto dos. Un desconcertado Eusebio envió una carta a su iglesia de Cesarea, explicando lo sucedido del modo más favorable que pudo. Arrio rechazó las conclusiones y fue desterrado, así como los dos obispos que no firmaron el credo. Eusebio de Nicomedia y Théognis de Nicea firmaron, pero protestaron por la excomunión de los dos obispos disidentes; tres meses más tarde ellos mismos serían depuestos y exiliados, según veremos.

Las actas de las deliberaciones no se conservan, pero sí los veinte cánones del concilio. Entre los asuntos estudiados está la fecha de la Pascua, algo que también ocupó a los obispos en Arlés en 314. A partir de ahora, se decidió que todas las iglesias seguirían los cálculos empleados en la mayor parte del imperio, pero no en Siria, Palestina y el Ilírico. Constantino comunicó él mismo esta decisión a las iglesias, expresando algunos violentos sentimientos antisemíticos al hacerlo. El concilio intentó también sanar el cisma meliciano, que había dividido a la Iglesia en Egipto. Se siguió restringiendo el paso de una ciudad a otra de obispos y clérigos (canon 15); también se les prohibía prestar dinero con interés (canon 17). En su *dies imperii*, 25 de julio, el emperador invitó a los obispos a un banquete en el palacio de Nicomedia. Al día siguiente pronunció un discurso de despedida, recomendando de nuevo concordia y cooperación.

El credo de Nicea, aun con las revisiones siguientes del concilio de Constantinopla en 381-2, se convirtió en un pilar de la ortodoxia. En su núcleo está el *homousios,* es decir la doctrina que declara al Hijo consustancial con el Padre. En occidente se le conoce como credo niceno-constantinopolitano.

Constantino estaba orgulloso con el concilio de Nicea y el trabajo realizado bajo su liderazgo. Pero era necesario seguir trabajando por la unidad de la Iglesia. Poco antes del concilio promulgó un edicto contra varias sectas heréticas menores o grupos cismáticos como los valentinianos, marcionitas (ambos sectas gnósticas), novacianistas (seguidores del rigorista Novaciano), catafrigios (los montanistas de Frigia), y paulianistas (seguidores de Pablo de Samosata). Pero el problema real de Constantino seguían siendo los arrianos. En Alejandría había un grupo de sacerdotes que sostenían la doctrina condenada de Arrio. Constantino los deportó a Nicomedia. Allí les apoyaron Eusebio de Nicomedia y Théognis de Nicea. Constantino se enfureció y exilió a ambos obispos, ordenando al pueblo de Nicomedia y de Nicea elegir otros nuevos. Estaba especialmente indignado con Eusebio, a quien acusaba de haber sido partidario de Licinio.

A Constantino le preocupaba especialmente que el depuesto y exiliado Arrio pudiese volver al rebaño, y le invitó a la corte. Arrio acudió y presentó una profesión de fe que evitaba pronunciarse sobre el *homousion* pero que encontró la aprobación del emperador. Constantino pidió a Alejandro que recibiera y admitiera a Arrio. Alejandro se negó. Constantino se lo volvió a pedir con palabras más fuertes; Alejandro volvió a negarse. Constantino volvió a reunir al concilio de Nicea (en Nicomedia, en 327) y readmitió a Arrio. Al mismo tiempo, Eusebio de Nicomedia y Théognis de Nicea fueron llamados y repuestos en sus sedes. Y Eusebio se convirtió pronto en el principal consejero de Constantino en materias eclesiásticas, desplazando a Osio, que había vuelto a su Hispania natal.

Probablemente en 328, Eustacio, obispo de Antioquía y un firme defensor de la ortodoxia, fue expulsado de su sede; sus enemigos no habían cesado de presentar toda clase de falsos cargos contra él. Eusebio de Cesarea tendría que haberle sucedido, pero declinó hacerlo y se ganó el elogio de Constantino por esta razón.

El 17 de abril de 328, murió el obispo Alejandro de Alejandría y le sucedió, el 8 de junio, su diácono Atanasio, quien rehusó incluso más decididamente readmitir a Arrio, desafiando las órdenes y amenazas del emperador. El nuevo obispo de Alejandría era tan inflexible como el emperador. La disputa continuó. En 331 Atanasio se defendió con éxito ante el emperador contra algunas acusaciones de sus enemigos. Se reunió otro concilio, por orden de Constantino, en 335 en Tiro, bajo la supervisión de un comisionado imperial, Flavio Dionisio. Una vez reunido en Tiro, el concilio interrumpió sus sesiones para asistir, invitado por Constantino, a la dedicación de la Iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén. Mientras estuvieron en Jerusalén, los obispos consideraron la petición del emperador para que admitieran a Arrio y a sus seguidores en la comunión y aceptaron esa petición. Una vez vueltos a Tiro, encontraron a Atanasio culpable de los cargos que se le imputaban, y le depusieron de su obispado. Pero Arrio, murió en 336 en Constantinopla, en circunstancias poco dignas, mientras estaba en una letrina pública.

Atanasio decidió presentar su caso en persona ante el emperador. Dejando secretamente Tiro al amparo de la noche, llegó a Constantinopla el 30 de octubre de 335. Se acercó a Constantino en una de los caminos que llevaban a la ciudad. El emperador se sorprendió, pero impresionado por la personalidad de Atanasio, cambió de parecer, y

reprendió severamente a los obispos que habían juzgado a Atanasio. Entonces varios obispos, entre ellos los dos Eusebios, corrieron a Constantinopla e intentaron que el emperador cambiase de nuevo de opinión; dijeron, entre otras cosas, que Atanasio había amenazado con impedir el transporte de grano entre Alejandría y Constantinopla. Atanasio fue enviado al exilio más allá de Tréveris y su sede se dejó vacante; salió de Constantinopla el 7 de noviembre, una semana después de su llegada. Fue rehabilitado tras la muerte de Constantino en 337, por intervención de Constantino II. Dejó Tréveris con una carta de presentación dirigida al nuevo emperador (todavía césar y aún no augusto) a la iglesia de Alejandría fechada el 17 de junio. En su camino de vuelta a Egipto, se detuvo en Viminacium, en Mesia superior, para una audiencia con Constancio II. También estuvo en Constantinopla y ofició en la consagración de un nuevo obispo, Pablo, que se convertiría en el centro de otra controversia. Hasta el 23 de noviembre no llegó Atanasio a Alejandría.

Atanasio volvió a visitar Tréveris en 343 y quizá también en 346. Cada vez que estuvo en la ciudad dejó huella en la iglesia de allí. Los obispos Maximino y Paulino de Tréveris fueron valientes defensores de su persona u doctrina en los años 40 y 50 del siglo cuarto.

En los eventos que siguieron al concilio de Nicea, el interés de Constantino estuvo centrado en la unidad y la paz dentro de la Iglesia, los contenidos de la controversia teológica tenían mucho menos interés para él.

VIII. LA CRISIS EN LA FAMILIA IMPERIAL

Los años 324 y 325 vieron a Constantino en el pináculo del éxito. Sus victorias sobre Licinio le habían convertido en el único gobernante del mundo romano. Había contribuido a la unidad de la Iglesia, o eso pensaba, convocando el concilio de Nicea y tomando parte activa en él. Estaba celebrando su vigésimo aniversario en el poder. Pero la tragedia estalló en 326.

En algún momento de ese año —los intentos de llegar a una fecha concreta no han dado resultado concluyente— Constantino ordenó la ejecución de su hijo Crispo. La orden llegó a Pola en Istria. ¿Viajaba Crispo solo o iba en compañía de su padre? ¿Iba a Roma, quizá, para celebrar allí la *vicennalia* de su padre, o estaba en el viaje de vuelta? No lo sabemos. Lo que más importa es: ¿qué había hecho para merecer una sentencia de muerte dictada por su propio padre? No hay señales de un gradual distanciamiento entre padre e hijo. Crispo había ejercido el consulado en 318, 321 y 324; se había portado bien en la reciente guerra contra Licinio. Constantino había celebrado el nacimiento del hijo de Crispo, su primer nieto, en 322. Nada lleva a suponer que Crispo estuviese conspirando contra su padre. Ni tampoco es verosímil que Constantino, nacido también de una unión casual, actuase preocupado por los derechos de sus hijos legítimos más jóvenes, y por el principio de legitimidad dinástica. El nacimiento ilegítimo de Crispo no había sido obstáculo para su carrera hasta entonces; ¿por qué habría de serlo ahora? Al hacerlo desaparecer, mientras sus otros hijos tenían menos de diez años, Constantino debilitaba su propia posición.

En el mismo año, poco después de la muerte de Crispo, Constantino también condenó a muerte a su esposa Fausta, después de diecinueve años de matrimonio. Lo hizo, se informa, mandando que la echaran a un baño de agua hirviendo, y algunos han imaginado, sin ninguna buena razón, que eso sucedió en las Termas Imperiales de Tréveris. Las dos muertes se sucedieron tan cerca una tras otra que una conexión entre ellas parece probable. Y, por cierto, la *Epitome de Caesaribus* (anónimo del siglo cuarto) habla de esa conexión:

Por instigación de su esposa Fausta, según se cree, Constantino ordenó

> la muerte de su hijo Crispo. Luego, cuando su madre Helena, haciendo gran duelo por su nieto, se lo reprochó, él mató a su esposa Fausta arrojándola a un baño hirviendo.

Nuestra confianza en la veracidad de esta información se debilita por la frase «según se cree». El modo de la ejecución de Fausta nos extraña, especialmente porque Juan Crisóstomo (c. 347-407), el combativo patriarca de Constantinopla, dice saber que a Fausta la mataron exponiéndola en las montañas. Zósimo, en el siglo sexto, nos ofrece una versión embellecida de la historia que cuenta la *Epitome*:

> Cuando todo el poder quedó en manos de Constantino, ya no ocultó la malvada naturaleza que poseía, y se permitió hacer todo lo que quiso… Su hijo Crispo, a quien había honrado con el rango de césar, cayó bajo la sospecha de entenderse con su madrastra Fausta; Constantino lo mató sin consideración por las leyes de la naturaleza. Cuando la madre de Constantino, Helena, quedó conmocionada por el suceso y encontró muy dura la pérdida del joven, Constantino, como para consolarla, corrigió una maldad con otra mayor; ordenó que preparasen un baño caliente insoportable, que arrojaran allí a Fausta, y la sacaran solo cuando hubiese muerto.

Es imposible ahora separar los hechos de las habladurías y conocer qué delitos cometieron Crispo y Fausta. Varias leyes promulgadas por Constantino en 326 indican que estaba muy interesado en ese tiempo en proteger la santidad del matrimonio. ¿Nos permite eso concluir que los delitos cometidos por Crispo y Fausta fuesen de índole sexual?

Tanto Crispo como Fausta sufrieron la *damnatio memoriae*, es decir, se borraron sus nombres de los registros públicos y de las inscripciones. Tampoco los hijos de Constantino que le sobrevivieron rehabilitaron nunca la memoria de su madre. En su *Historia Eclesiástica*, en una edición anterior a 326, Eusebio hablaba de Crispo con repulsiva adulación, diciendo incluso que la relación entre Constantino y Crispo era comparable a la relación entre el Padre y el Hijo en la Trinidad. Pero en su *Vida de Constantino,* guarda silencio sobre Crispo y Fausta.

¿Y qué papel tuvo Helena en la tragedia familiar? Es de notar que a Helena no se la acusa en ningún relato de haber intrigado contra Fausta; se nos dice solo que quedó conmocionada por la muerte de Crispo y se la reprochó a Constantino. Algunas otras fuentes ni la mencionan en este contexto. No hay razones para trasladar la responsabilidad de la muerte de Fausta de Constantino a Helena. Pero ella pudo lamentar que Constantino condenase fulminantemente a Crispo, pues no hubo al parecer ningún proceso judicial. Es también concebible que hubiera celos y rivalidades entre suegra y nuera. Nada de esto puede acusar a Helena ante un tribunal, pero las sospechas permanecen.

Que Constantino se hizo cristiano porque el cristianismo le ofrecía el perdón de sus pecados contra su propia parentela fue lo que afirmó Juliano el Apóstata y repitió Zósimo. Pero una cosa así hay que rechazarla de plano. El año crucial de la conversión de Constantino fue 312, no 326. Y si realmente se sintió aplastado por el peso de sus pecados, ¿no habría buscado mucho antes el perdón en el sacramento del bautismo de lo que lo hizo?

Cuando ya estaba «entrada en años», Helena emprendió una peregrinación a Tierra Santa, viajando no como una persona privada sino como representante de su hijo y como augusta. No sabemos de dónde partió, ni cuántos meses o años pasó viajando, ni tampoco cuándo volvió. Sabemos que su visita tuvo lugar después del concilio de Nicea y que murió poco después de volver, y una evidencia numismática apunta a su muerte en 329. Un viaje de dos años de duración, 326-8, parece razonable. Tampoco conocemos su itinerario preciso, pero es probable que pasase por Antioquía de Siria; su presencia en la zona parece haber contribuido a la caída del obispo Eustacio (ver Capítulo 7), que se permitió un comentario imprudente sobre ella. Muchos estudiosos han vinculado esta peregrinación con la tragedia que sucedió en la familia imperial en 326, y parece que fue así; incluso sugieren que fue un acto de desagravio, tanto por sus propios pecados como por los de su hijo. Ciertamente se trató de un acto de piedad y de una visita de estado al mismo tiempo. Eusebio alaba su piedad, humildad y caridad, y no hay razón para dudar de él en este punto. Constantino y Helena estaban unidos en un mismo proyecto piadoso: la construcción y embellecimiento de las iglesias de los lugares más venerados del cristianismo. Es lo que vamos a considerar a continuación.

Cuando el emperador Adriano, después de la segunda guerra judía, convirtió la ciudad de Jerusalén en la ciudad romana de Aelia Capitolina, se construyó un templo a Venus sobre una terraplén que cubría el sitio preciso de la resurrección de Cristo, según la fe cristiana. Después del concilio de Nicea, Constantino ordenó la demolición de ese templo pagano ofensivo y también del terraplén sobre el que se asentaba. En el curso de la obra se descubrió el que se consideró entonces, y aún hoy lo confirman competentes estudiosos, el sepulcro de Jesús. Constantino indicó luego al obispo Macario de Jerusalén que se construyese una espléndida iglesia, la del Santo Sepulcro, a veces llamada también la «Nueva Jerusalén». La iglesia se dedicó el 13 de septiembre de 335 en una asamblea de obispos que estaban entonces asistiendo al concilio de Tiro (ver Capítulo 7). La dedicación formó parte de la *tricennalia* de Constantino y se celebró desde entonces anualmente la fiesta de su aniversario. La iglesia tuvo la forma de una basílica de cinco naves, también conocida como el *Martyrium.* En un patio anejo a la basílica en el lado oeste se encontraba la roca del Calvario, o Gólgota, y el Santo Sepulcro, que algunos años más tarde se cerró mediante la famosa rotonda conocida como la *Anastasis* (Resurrección), que mide 35 m de diámetro. Nuestra principal fuente de información es Eusebio, que habla solo de Constantino, sin mencionar a Helena. La construcción de Constantino sufrió muchas vicisitudes a través de los siglos, y la estructura actual, una iglesia de los cruzados del siglo doce, tiene poco parecido con ella.

En Belén, la Iglesia de la Natividad se construyó sobre la gruta que se considera el lugar donde nació Jesús. Una vez más es Eusebio nuestra principal fuente de información, pero su impreciso lenguaje no nos deja claro cuál fue la intervención concreta de Constantino y Helena en la construcción de esta iglesia; un empeño compartido entre el emperador y su madre parece razonable.

La planta de esta iglesia es semejante a la de la Iglesia del Santo Sepulcro, pero algo más pequeña. En el siglo sexto, el emperador Justiniano sustituyó la estructura original

por otra algo mayor, y es esta iglesia de Justiniano la que ha llegado hasta nuestros días; en excavaciones arqueológicas se han encontrado los mosaicos del pavimento de la iglesia del siglo cuarto a pocos centímetros del suelo actual.

Una tercera iglesia interesante en este contexto es la de la Eleona, o Iglesia del Monte de los Olivos. Otra vez falla Eusebio en aclarar cómo están implicados Constantino y Helena en el origen de esta iglesia, y una vez más debemos suponer un empeño compartido. Esta iglesia es más modesta en sus proporciones; es una basílica de tres naves. En el lado oriental está el ábside, y debajo de él una cripta, en un lugar donde se cree que Cristo enseñó a sus discípulos. Hoy solo quedan de la antigua iglesia constantiniana las zanjas de los cimientos, algunos restos del muro y fragmentos de los mosaicos del pavimento.

Algunos relatos tardíos, no muy creíbles, atribuyen a Helena la fundación de veintiocho, treinta o cuarenta y ocho iglesias en el curso de su peregrinación. Se supone que visitó el Monte Sinaí, Alepo y Chipre. Pero el mayor éxito que se le atribuye fue la invención (descubrimiento) de la Santa Cruz. Se cuenta entre las tradiciones cristianas más veneradas, que ha dado lugar a notables expresiones artísticas y hagiográficas. También le valió a Helena la consideración de santa. Su fiesta en occidente es el 18 de agosto, y en oriente comparte con su hijo la del 21 de mayo. La Exaltación de la Santa Cruz se celebra tanto en oriente como en occidente el 14 de septiembre. Con independencia de atribuciones legendarias sobre algunos aspectos del viaje, es un hecho probado su peregrinación. Pero Helena no fue el primer peregrino a Tierra Santa, aunque a veces se haya afirmado eso.

La cuarta iglesia de Tierra Santa no está asociada con Helena sino con Eutropia, la suegra del emperador. Esta dama, a quien Constantino parece haber tenido en gran estima, viajó a Tierra Santa casi por la misma época que Helena, pero no parece que viajasen juntas. Entre los lugares visitados por Eutropia estuvo Mambré (cerca de Hebrón), un lugar santo para judíos y cristianos porque aquí, según Génesis 18, Abrahán recibió la visita de tres mensajeros divinos a la sombra de una encina o terebinto. La dama encontró que este lugar santo había sido profanado por ritos paganos y actividades seculares. Informó a Constantino, quien ordenó al punto que se purificase el lugar y se construyera allí una iglesia. La iglesia se terminó hacia 333. Restos de los muros pueden verse hoy, y sabemos que en el atrio se encontraba el altar de Abrahán, el pozo y el árbol. San Jerónimo vio aún lo que quedaba del árbol.

La actividad constructora de Constantino en Palestina dio a estos lugares un puesto central en los sentimientos cristianos, cosa que no había sucedido antes; de hecho a partir de entonces se habla de «Tierra Santa». Veremos en el próximo capítulo un proyecto de Constantino aún más ambicioso.

IX. LA NUEVA ROMA

En la segunda mitad del siglo séptimo antes de Cristo, los colonos griegos de Megara fundaron la ciudad de Bizancio, en la costa europea del Bósforo. En el 150 a.C, incluso antes de que Macedonia fuese una provincia romana (148 a.C), esta ciudad se convirtió en una dependencia de los romanos. Pronto fue el límite oriental de la Vía Egnatia, que iba a Tesalónica, en Macedonia, y hasta Dyrrhachium (Durrës) en el Adriático. El emperador Septimio Severo puso sitio a la ciudad, que se había pasado a su rival Pescennio Niger, en el año 193 d.C, la tomó después de casi tres años, destruyó sus murallas y la entregó al saqueo de sus tropas. Muy pronto la reconstruyó mayor. Constantino también, como vimos en el Capítulo 6, asedió la ciudad en el curso de su segunda guerra contra Licinio. Las ventajas de su situación no pasaron inadvertidas al experto ojo de Constantino, tal como tampoco lo fueron para los atenienses o espartanos de la guerra del Peloponeso, o para Filipo II de Macedonia en su conquista del poder.

Bizancio gozaba sin duda de una buena localización. Era la llave del paso en la encrucijada entre Asia y Europa, enlazando este y oeste, norte y sur. Esta posición facilitaba el acceso a las provincias balcánicas, que jugaron un importante papel en los siglos tercero y cuarto y que tanto gustaban a Constantino. Desde allí también, la frontera oriental, que con tanta frecuencia reclamaba la atención de los emperadores, se podía alcanzar más fácilmente que desde cualquier otra residencia occidental. Quien fuese dueño de la ciudad podía controlar también el tráfico naval a través del Bosforo y del Euxino (el Mar Negro). Es fácil ver por qué se la consideró un lugar estratégico a lo largo de los siglos.

Bizancio estaba situada en un territorio de forma triangular que limitaba al oeste con la Tracia, al sur con la Propóntide (Mar de Mármara) y al norte con un estuario, conocido más tarde como el Cuerno de Oro, que proporciona un puerto natural de aguas profundas. El territorio de Tracia era fértil, el clima agradable, y las aguas de la Propóntide ricas en pesca. Se reunían todas las condiciones para un favorable desarrollo económico. Edward Gibbon piensa que Constantinopla «parece haber sido formada por la naturaleza para ser el centro y la capital de una gran monarquía». Al otro lado del Bósforo, en la parte asiática, estaban las ciudades de Crisópolis y Calcedonia, y cincuenta millas hacia el este, ya en la costa del Mar Negro, se encuentra Nicomedia, que fue residencia de Diocleciano.

Mucho antes que Constantino, varios reyes griegos y emperadores romanos habían fundado o refundado ciudades poniéndoles su propio nombre; Filipópolis, Alejandría, Tropaeum Traiani y Adrianópolis pueden servir como ejemplos. Los tetrarcas no residieron en Roma; tampoco Constantino lo hizo tras su victoria sobre Majencio. Pero Constantino llegó más lejos. Su nueva ciudad disputaría la primacía de Roma como ninguna residencia imperial lo había hecho hasta entonces. Su decisión de refundar Bizancio como Constantinopla y convertirla en la capital de su imperio fue trascendental; afectaría a la historia del mundo durante siglos; se la ha comparado con razón a la fundación de Alejandría, siglos atrás, o a la de San Petersburgo, siglos más tarde. Esta decisión es comparable en importancia y profundidad con su decisión de adoptar el cristianismo. La nueva ciudad llegó a ser un centro del cristianismo, la sede de un patriarcado, comparable en estatura con Roma, Alejandría, Antioquía o Jerusalén. Como la «nueva Roma», la ciudad heredó las instituciones políticas de la antigua Roma, pero también las tradiciones culturales del oriente griego.

Esta trascendental decisión debió madurar lentamente en la mente de Constantino. La construcción del mausoleo familiar en la Vía Labicana en las afueras de Roma indica que durante algún tiempo debió pensar en ser enterrado allí. Se puede suponer que hubo un gradual distanciamiento entre el pueblo de Roma y el emperador. La ciudad, repleta de instituciones y edificios paganos, no debió ser cómoda para Constantino. Pudo observar con pena que muchos miembros de la aristocracia senatorial seguían apegados al paganismo; el altar y la imagen de la Victoria seguían en la sede del senado. (Solo fueron removidos en 357 por Constancio II, y devueltos pocos años después, probablemente por Juliano el Apóstata, y removidos de nuevo en 382 por Graciano). El pueblo romano a su vez se sintió ofendido por un emperador que intencionadamente omitió los sacrificios acostumbrados al entrar vencedor en la ciudad en 312, cuando celebró su *decennalia* en 315 y cuando celebró su *vicennalia* en 326 (ver Capítulo 4). Roma no se convertiría en la capital cristiana del imperio de Constantino. Consideraciones políticas y estratégicas dictaban que la nueva capital cristiana debía estar en oriente, pues el centro de gravedad del imperio se había desplazado.

El 8 de noviembre de 324 Constantino promovió a su hijo Constancio al rango de césar. Se ha dicho, pero no está probado, que en ese mismo día concedió el rango de augustas a su esposa Fausta y a su madre Helena. Más importante en el presente contexto es que ese día —un domingo, y solo unas semanas después de la victoria final sobre Licinio— trazó formalmente los límites de su futura ciudad, moviéndolos unos cuatro kilómetros más allá, y casi cuadruplicando su territorio. Si creemos al historiador Filostorgio, del siglo quinto, Constantino trazó la línea de las futuras murallas en el terreno con su lanza, al modo de un *ktistes* (fundador) griego. El mismo historiador refiere que los acompañantes de Constantino quedaron asombrados por la amplitud del ruedo de las nuevas murallas, y que Constantino respondió: «Seguiré hasta que quien camina delante de mí se detenga». ¿Estaba experimentando una nueva visión? Para sus adentros, ¿era lo que estaba haciendo ese día tan significativo como su victoria en el Puente Milvio? Seguramente se hubiese disgustado si hubiera llegado a saber que,

menos de un siglo más tarde, las murallas de Teodosio II doblarían el territorio de la ciudad una vez más, y que hoy son las murallas de Teodosio las que siguen en pie y no las suyas.

La construcción y asentamiento de la nueva ciudad se llevó adelante a gran velocidad. Las nuevas murallas se terminaron en 328. El emperador ofreció varios incentivos para quienes se instalasen en su nueva ciudad, especialmente si eran diestros en los oficios de la construcción. Los desafíos técnicos y logísticos debieron ser extraordinarios, y el resultado sin duda sobresaliente. El 11 de mayo de 330 la nueva ciudad se dedicaba formalmente con unos ritos que tuvieron lugar en el hipódromo. El augur pagano Sopastros (más tarde condenado a muerte por Constantino) había declarado propicio ese día. Monedas acuñadas a lo largo del año habían anunciado al mundo el evento; en el reverso de esas monedas la imagen que representaba a Constantinopla lucía un cetro con la cruz sobre su hombro, resaltando así el carácter cristiano de la ciudad. Las fiestas duraron cuarenta días. En el último de estos días, una imagen dorada de Tyche (Fortuna) de Constantinopla desfiló por las calles. No era por cierto una práctica cristiana, pero no debe verse como una vuelta al paganismo por parte de Constantino: él, y la mayor parte de su pueblo, no veían a Tyche como a una diosa, era más bien una abstracción, la personificación de la ciudad. Un sitio para Tyche se encontró en un antiguo santuario de Cibeles. Y se celebró desde entonces el 11 de mayo como día de fiesta, tal como Roma celebraba el 21 de abril como día de su fundación.

La nueva ciudad seguía el modelo de Roma en más de un aspecto. Como la antigua capital, estaba construida sobre siete colinas y dividida en catorce distritos administrativos (aunque dos de ellos estaban fuera de los muros de la ciudad). Había un senado, como en Roma; sus miembros, sin embargo, eran de rango inferior a los senadores de Roma, se les llamaba *clari* (distinguidos) en vez de *clarissimi* (muy distinguidos), y allí había dos sedes en lugar de una. El pueblo de Constantinopla recibía repartos de trigo, igual que el de Roma. Ya hemos visto en el Capítulo 7 la rápida reacción de Constantino ante la denuncia de que Atanasio había amenazado con interferir en el transporte de grano entre Egipto y Constantinopla.

Más que Tréveris, o Roma, o Jerusalén, Constantinopla dio a Constantino la oportunidad de construir y planear a gran escala. Con todo, no tuvo que crear un plano completamente nuevo. Más bien retuvo algunas características de la ciudad de Severo, como la *Mese* (la avenida principal), el ágora, que se llamó el *Augusteum* (en referencia a su madre, la augusta), y el sitio del hipódromo. Amplió y decoró las ya existentes Termas de Zeuxippos. Quizá encontrase también en su lugar la llamada Columna de los Godos. Probablemente esta columna celebraba una victoria de Claudio Gótico, supuesto antepasado de Constantino, sobre los godos en 269 en Naissus, el lugar de nacimiento de Constantino. En la inscripción en la base de la columna se lee: *Fortunae reduci ob devictos Gothos* (Recuperó la Fortuna venciendo a los godos). No se dice dónde ni cuándo, ni quién erigió la columna. Así que es posible que la columna la erigiera más tarde Constantino para celebrar una victoria suya sobre los godos.

En la zona que ahora ocupa la Mezquita del sultán Ahmet (la Mezquita Azul) construyó Constantino el palacio imperial. El palacio daba acceso directo al *kathisma,* el palco real que dominaba el hipódromo, y probablemente también a la Iglesia de Hagia Sophia. La elaborada entrada al palacio se conoció como la *Chalke* (la puerta de bronce). Una pintura sobre el portal, que nos describe Eusebio, representaba a un victorioso Constantino matando a un dragón; ¿representaba el dragón a Licinio, al paganismo o, más en general, a todas las fuerzas del mal?

El hipódromo que comenzó Septimio Severo estaba aún sin acabar cuando Constantino se apoderó de la ciudad. Lo terminó y amplió a una capacidad de unos 50.000 espectadores. En el centro de la *spina* (mediana) el emperador colocó la Columna de las Serpientes de Delfos. Esta columna se erigió para conmemorar la victoria de los griegos en 479 a.C, contra los persas, en Platea. Era solo uno de los muchos objetos que se apropió Constantino para el embellecimiento de su ciudad, y que motivó el comentario de san Jerónimo: «casi todas las ciudades fueron despojadas». La columna está hoy en Constantinopla, en un recinto bajo el nivel de la calle. El trípode dorado que coronaba en otro tiempo la columna se había perdido ya en el siglo cuarto antes de Cristo; la base circular de la columna puede verse todavía hoy en Delfos, y parte de la cabeza de una de las serpientes está expuesta en el Museo Arqueológico de Estambul. En el extremo sur de la *spina* erigió Constantino un gran obelisco, restaurado en el siglo diez por Constantino VII Porfirogénito. Se suele prestar más atención al gran obelisco egipcio que, después de varias décadas, fue al fin erigido en el otro extremo de la *spina* por Teodosio II; era uno del par erigido en Karnak por Tutmosis III. El hipódromo no servía solo para los espectáculos populares, sino también para algunos actos oficiales del estado.

Frente a la Puerta de Oro de las murallas de Severo, Constantino construyó el foro que lleva su nombre. Tenía forma circular o elíptica, recordando el foro oval de Gerasa en Palestina. Se cerraba mediante una doble columnata, interrumpida por dos arcos de paso que daban acceso desde las dos arterias principales de la ciudad, la *Mese* y la *Regia*. En el centro del espacio abierto se alzaba la Columna de Constantino, que se terminó a tiempo para la dedicación de la ciudad el 11 de mayo de 330. Se construyó con nueve tambores de pórfido de 2,9 m de diámetro, rematados por un capitel corintio; su altura superaba los 36 m. Hoy solo se pueden ver siete de los tambores, pues los dos de la base están cubiertos por el encerramiento actual. En distintas ocasiones la columna fue afectada por incendios, por eso es también conocida como la Columna Quemada; también sufrió terremotos y tormentas. La base de la columna fue incluida en un tetrapilón, que proporcionaba un altar, de modo que se podía celebrar allí la misa. Coronaba la columna una colosal estatua de Constantino; se le representaba con una corona de siete rayos, lanza en la mano izquierda y el globo terráqueo en la derecha. La estatua fue derribada por una fuerte tormenta el 5 de abril de 1106.

La radiante corona y quizá otras características de la estatua, que probablemente era una restaurada imagen de Apolo, dio lugar a la noción de que realmente representaba al Sol Helios, pero eso solo aparece en fuentes tardías. Es algo que se encuentra también en

alguna literatura secundaria, pero actualmente desacreditada. Puede introducir dudas sobre el compromiso de Constantino con el cristianismo. El historiador Sócrates, en el siglo quinto, dice saber que Constantino depositó en la estatua una partícula de la Vera Cruz, que le envió su madre. Gregorio de Tours, en el siglo sexto, había oído que uno de los cuatro Santos Clavos encontrados por Helena se colocó en la cabeza de la estatua. Son informes que no se pueden tener en cuenta por legendarios. Pero ¿qué hay del altar al pie de la columna? ¿Se consideraba Constantino como un agente de Cristo, que gobernaba en la tierra así como Cristo reina en el cielo? Quizá había leído Romanos 13, 1: «Que todos se sometan a las autoridades constituidas, pues no hay autoridad que no provenga de Dios y las que hay han sido constituidas por Dios». Es bastante notable que Eusebio guarde silencio sobre la columna, la estatua y el altar. Una réplica en madera de la estatua se llevaba cada 11 de mayo en procesión por el hipódromo, en la celebración del aniversario del nacimiento de la ciudad.

Un monumento menos controvertido, que sobrevive en parte, era el Milión, una pequeña estructura, probablemente un tetrapilón, desde donde se medían todas las distancias. Era comparable al *Miliarium Aureum* del Foro de Roma. Proporcionaba una expresión visible de la capitalidad actual de la ciudad. Dos textos bizantinos de los siglos octavo y décimo, afirman que el Milión estaba rematado por las estatuas de Constantino y Helena, a uno y otro lado de la cruz. Si esa información es verdadera, no puede referirse a unas estatuas de época constantiniana, pues el monumento se inspiraría en relatos posteriores sobre la Vera Cruz.

Constantino comenzó la construcción de dos grandes iglesias en Constantinopla, la de Hagia Sophia (Santa Sabiduría) y la de Hagia Eirene (Santa Paz). Estos dos títulos no podían ofender a los paganos. ¿Estaba Constantino, incluso ahora y en su capital cristiana, practicando algún tipo de neutralismo? Él no llegó a ver terminada en vida ninguna de las dos iglesias. Las obras en Hagia Sophia, conocida también como la «Gran Iglesia», comenzaron en 326, según una de nuestras fuentes, pero la dedicación no tuvo lugar hasta el 15 de febrero de 360, bajo Constancio II. Treinta y cuatro años de construcción parecen demasiados, si consideramos que en solo diez se terminó la del Santo Sepulcro de Jerusalén; un elemento de incertidumbre se introduce aquí. La iglesia fue seriamente castigada por el fuego en 404 y rededicada por Teodosio II en 415. Fue destruida en los disturbios de Niká del 532 y reemplazada por Justiniano con la iglesia que hoy es el monumento más destacado de la arquitectura bizantina. De la iglesia constantiniana original, sabemos que era una basilica de cinco naves con galerías, un atrio en el lado oeste, y un ábside en el este. La original Hagia Eirene, muy próxima a Hagia Sophia, también cayó víctima de los disturbios Niká de 532. La iglesia que la sustituyó, erigida por Justiniano y remodelada en el siglo octavo después de un terremoto, permanece hasta hoy, pero tiene poco parecido con la original.

En cuanto a la fundación de la Iglesia de los Santos Apóstoles, hay dos tradiciones en nuestras fuentes y en los estudios modernos. Una de ellas sostiene que la iglesia fue construida por Constantino, o al menos comenzada por él; la otra dice que la construyó Constancio II. Quien esto escribe está persuadido, por el testimonio de Eusebio y por las

expertas opiniones de los profesores Richard Krautheimer y Gilbert Dragon, de que la primera tradición es la correcta. Consideraremos esta fundación constantiniana en un capítulo próximo, en el contexto de la sepultura de Constantino.

Las tres iglesias aquí mencionadas, Hagia Sophia, Hagia Eirene y Santos Apóstoles, no solo eran las mayores de Constantinopla, sino también las más importantes desde el punto de vista político y eclesiástico. La Iglesia de los Santos Apóstoles ocupaba la colina más alta de la ciudad y era visible desde el Bósforo, mientras que las otras dos estaban en inmediata proximidad al palacio.

Los arquitectos de Constantino, tanto en oriente como en occidente, crearon los primeros edificios monumentales cristianos, distintos de las modestas *domus ecclesiae* que habían servido como lugares para las reuniones y el culto antes de la época constantiniana. Emplearon diseños rectangulares y cuadrados o redondos, los primeros para atender las necesidades litúrgicas, los segundos para monumentos conmemorativos. Escribieron el primer capítulo de la historia de la arquitectura eclesiástica.

X. EL GOBIERNO DE CONSTANTINO

No estamos todo lo informados que desearíamos sobre los aspectos civiles del reinado de Constantino; nuestras fuentes y muchos historiadores posteriores parecen haber estado más interesados en los aspectos religiosos. Pero pueden hacerse algunas observaciones.

El modelo dinástico de Constantino, de gobierno compartido, comparado con el modelo tetrárquico de Diocleciano, puede considerarse eficiente sin duda. Cuando Crispo fue nombrado césar en 317, tenía solo doce años probablemente; Constantino II, nombrado al mismo tiempo, era solo un niño. Constancio II tenía siete años en el momento de su nombramiento en 324, y Constante, nombrado en 333, tenía diez o trece años. Solo en 335 nombró Constantino a su sobrino Dalmacio para el rango de césar; y al mismo tiempo promovió a otro sobrino, Anibaliano, para el curioso puesto de *rex regum et Ponticarum gentium,* evidentemente después de un ataque persa contra Armenia; también dio a su hija Constancia en matrimonio a Anibaliano.

Constantino estaba muy distanciado del senado de Roma. Esta retirada de los emperadores respecto al senado llevaba más de un siglo produciéndose. En el caso de Constantino se hizo más pronunciada por razones tanto geográficas como de sentimientos. Constantino estableció un segundo senado en Constantinopla, un «senado de clases», por citar a un distinguido historiador de Bizancio, Warren Treadgold. Este senado funcionaba como un cuerpo consultivo y, después de Constantino, incluso ratificaba la accesión de un nuevo emperador. Sus miembros, *clari* y no *clarissimi,* tenían rango inferior al de los senadores de Roma.

El consulado, bastante antes de Constantino, había dejado de tener mucha importancia política, pero continuaba siendo un alto honor. Constantino lo utilizó para reconocer y premiar a quienes le habían servido bien, o para promover sus objetivos dinásticos. Los consulados entre los años 312 y 324 de Constantino, Licinio y sus respectivos hijos son un reflejo de la cambiante relación entre los dos emperadores.

Entre los altos cargos de la administración civil (los *comites,* según eran en los últimos años del reinado de Constantino), destacan el *quaestor sacri palatii*, que dirigía los asuntos de palacio y actuaba como secretario privado, el *comes sacrarum largitionum*, que supervisaba las finanzas, y el *magister officiorum,* que estaba a cargo de la cancillería y la seguridad. Así, el *comes* Acacio fue el encargado de destruir el santuario

pagano en Mambré (ver Capítulo 8), y el *comes* Flavio Dionisio supervisó el concilio de Tiro (ver Capítulo 7).

En general, Constantino no era amigo de innovaciones radicales, se contentaba completando o continuando con lo establecido por Diocleciano. Un notable cambio correspondió a los prefectos del pretorio: ahora se convirtieron en ministros civiles. Los augustos y cada uno de los césares estaban asistidos por un prefecto del pretorio; así, por ejemplo, sucedió cuando Crispo, siendo muy joven, tuvo a su cargo las provincias de occidente. Un caso excepcional fue el de administrar un prefecto del pretorio la provincia de África. En el siguiente escalón más bajo, en cada diócesis, que comprendía varias provincias, estaba al frente un *vicarius*. Los gobernadores provinciales se organizaban en dos rangos, el más alto de los *consularis* o el inferior de los *praeses*. Pero en Italia y Sicilia los gobernadores provinciales se llamaban *correctores*. La ciudad de Roma no estaba incluida en esta organización provincial y la administraba un prefecto urbano.

Parece que en la administración civil del imperio hubo bastante corrupción, y Constantino tronaba contra esto: amenazó con «cortar las manos rapaces de oficiales [corruptos]» o «segar las cabezas y cuellos de los villanos». Los muchos rescriptos (decretos) emanados de su persona o de miembros de su corte revelan una preocupación por los detalles de la administración.

Algunas de las medidas de gobierno de Constantino revelan un sincero interés por el bienestar de sus súbditos. En una ocasión ordenó un reparto de dinero, comida y ropa a las familias pobres de Italia y África. Cuando una hambruna se desencadenó en Siria en 334, hizo que se distribuyeran alimentos a través de las iglesias.

Constantino, como un censor romano del tiempo de la república, estaba muy preocupado por proteger la moral de la sociedad romana, especialmente en materia de conducta sexual. Incluso llegó a ordenar un castigo ejemplar para los padres que cooperasen a la seducción de una hija: ¡se les derramaría plomo derretido en la garganta! Si una mujer libre y un esclavo tenían relaciones, ambos eran condenados a muerte, el esclavo sería quemado vivo. Un cierto número de rescriptos sobre la protección de la santidad del matrimonio se promulgaron en 326; por desgracia no conocemos cómo se relacionan con la crisis que afectó a la familia imperial en ese año (ver Capítulo 8).

En 315, 321, y en una tercera ocasión de fecha desconocida, Constantino facilitó que los esclavos pudiesen manumitirse en la iglesia. En 315/316 ordenó que no se marcase en la cara a los criminales, no porque se opusiera a la crueldad de esta práctica, sino porque la cara «refleja la semejanza de la belleza celestial». A los encarcelados no debía privárseles completamente de la luz del día. Quedaba prohibida la exposición de los niños. En 320 se suprimieron las incapacidades anejas al celibato.

En 321 Constantino estableció el primer día de la semana como día de descanso y culto, sancionando así la práctica cristiana. A este acto le ha llamado el estudioso alemán Hermann Dörries el «monumento duradero de la edad constantiniana». Es de notar, sin embargo, que Constantino se refirió al *dies solis* (día del sol), no al *dies domini* (día del

Señor). ¿Seguía preocupado por el hecho de que la mayoría de sus súbditos fuesen aún paganos? Los legados a la Iglesia se autorizaron ese mismo año.

Los combates de gladiadores se proscribieron en 325, pero continuaron en occidente hasta el comienzo del siglo siguiente. La crucifixión como forma de ejecución también fue prohibida.

Los esclavos se beneficiaron de la legislación de Constantino en dos aspectos al menos. Dispuso que no se pudiera separar a los miembros de una familia de esclavos cuando se dividiese una finca; y permitió que la manumisión de los esclavos tuviese lugar en la iglesia. Por otra parte, si un esclavo había sido azotado por su amo tan severamente que moría por las consecuencias, al amo no se le imputaban cargos. Y la esclavitud como institución nunca fue cuestionada. Constantino fue pródigo en beneficiar a la Iglesia, en proyectos de construcción y en generosos regalos a individuos o grupos. Generó ingresos adicionales imponiendo nuevos tributos: uno sobre la propiedad de la tierra de los senadores y otro sobre los comerciantes de las ciudades; este último, cosa extraña, solo se recaudaba cada cinco años. La confiscación de tesoros de los templos paganos probablemente proporcionó menos dinero del que dicen los críticos del emperador.

En el area de la reforma de la moneda, Constantino gozó de más éxito que Diocleciano (ver Capítulo 2). Un nuevo tipo de moneda, el *solidus* de oro, tuvo particular resultado. Ganó aceptación incluso fuera de las fronteras del imperio y permaneció sin devaluarse hasta el siglo undécimo. Un autor del siglo sexto señala con admiración que «todas las naciones comercian con su moneda [la de los romanos], y en todas partes, desde un extremo a otro del mundo, se acepta y se desea por todo hombre y todo reino». Las acuñaciones en bronce de Constantino tuvieron menos éxito.

Y luego estaba la cuestión de la sucesión. Durante los dos últimos años del reinado de Constantino, hubo de nuevo cuatro césares. Constantino II residía en Tréveris, Constante probablemente en Milán, Flavio Dalmacio probablemente en Naissus, y Constancio II en Antioquía; cada césar tenía su prefecto del pretorio al lado. El Augusto mantenía su pricipal residencia en Constantinopla. No es claro a cuál de los césares daba Constantino la precedencia para sucederle a su muerte.

Constantino continuó y desarrolló la organización del ejército que había instituido Diocleciano: el ejército se dividía en dos ramas, las tropas de frontera, los *limitanei* y *ripenses,* y el ejército móvil de campo, llamados *comitatenses.* En cada área de la defensa, las tropas de frontera las mandaba un *dux,* no el gobernador de la provincia. El ejército de campo, formado por unidades de élite y que gozaban de privilegios superiores, estaba bajo el mando del emperador o de uno de los césares, asistido por un *Magister* de la infantería y otro de la caballería. Los gobernadores provinciales y los prefectos del pretorio estaban exentos de la mayor parte de las funciones militares; estos últimos ya no ejercían el mando, pero eran responsables de las reclutas y de proporcionar raciones y armamentos. La Guardia Pretoriana había sido disuelta ya en 312, como castigo por haberse alineado con el «tirano» Majencio. La nueva guardia imperial se llamó la *scholae palatinae* y la mandaba el *magister officiorum.* De modo creciente se

reclutaban germanos en el ejército romano, y algunos eran incluso promovidos a los altos mandos militares. El conjunto del ejército de Constantino se estimaba en 500.000 hombres.

En los años 306-8 y 314-15, Constantino combatió con éxito en la frontera germana, como hemos visto en los Capítulos 3 y 5. La seguridad del imperio reclamaba de nuevo su atención en sus últimos años. Luchó con algún éxito en la frontera del Danubio contra los godos en 332 y una vez más contra los sármatas en 334. Sus campañas tuvieron el resultado de la recuperación parcial y temporal de la Dacia, que el emperador Aureliano (270-5) había abandonado; Constantino añadió ahora a sus títulos el de *Dacicus Maximus*. En Chipre un tal Calocaerus encabezó un levantamiento en 333-4. Esta sublevación fue aplastada por Flavio Dalmacio, medio hermano de Constantino (ver más arriba), y el pretendido usurpador (¡un camellero de origen!) capturado y cruelmente ejecutado en Tarso. En 336 el emperador se preparaba para una campaña contra los persas; en el invierno de 336-7 se rechazó una embajada de los persas.

Constantino, como Diocleciano antes que él, se rodeó de un elaborado ceremonial en su corte. Él y todo lo que se relacionaba con su persona se convirtió en algo sagrado. En su presencia se guardaba un respetuoso silencio; de ahí que a los ujieres se les llamase *silentiarii.* Sus consejeros permanecían de pie cuando se reunían con él; por eso el consejo se conocía como el *consistorium.* Ese elaborado protocolo de distanciamiento no solo protegía al emperador de conspiraciones; también le aislaba de sus súbditos. Con todo, Constantino les animaba a dirigirle a él sus peticiones.

El predominante espíritu del gobierno de Constantino era conservador. Su conversión en apoyo del cristianismo produjo menos cambios de los que cabía esperar; sin duda perseguía un fin enteramente conservador, la conservación y continuación del imperio. Hay también un elemento de continuidad en la fundación de la Nueva Roma, que en más de un aspecto fue modelada según la antigua Roma.

XI. ÚLTIMOS AÑOS DE CONSTANTINO: MUERTE Y SEPULTURA

Desde el año 325 al 337, Constantino continuó apoyando a la Iglesia. En una carta a Eusebio de Cesarea señala con agrado que el número de conversos al cristianismo en Constantinopla ha crecido grandemente y hay necesidad de construir nuevas iglesias. Le pide luego a Eusebio que supervise la edición de cincuenta ejemplares de la Sagrada Escritura y su envío por transporte público a Constantinopla. Eusebio emprende el trabajo enseguida, vigilando que estos ejemplares sean editados en volúmenes de magníficas y cuidadas encuadernaciones. Constantino acusa recibo y expresa al mismo tiempo su alegría por el crecimiento de la Iglesia en Constancia, en Palestina (es la anterior Maiuma, el puerto de Gaza, a la que se le cambió el nombre en honor de su hermana Constancia, fallecida). Constantino también provee a la caridad cristiana destinando partidas de grano a las iglesias para su reparto a los pobres. Cuando la ciudad de Antioquía es golpeada por la hambruna en 334, el grano se reparte al pueblo a través de las iglesias.

Y Constantino continuó aplicando los recursos del estado a la construcción de iglesias. En Aquileia se construyó una doble basílica en su tiempo; solo queda en pie la iglesia sur. En dos de los diez rectángulos de un mosaico del pavimento que se dató en 325, encontramos un conjunto de retratos que posiblemente representan a Constantino y otros miembros de la familia imperial. En Nicomedia, el emperador ordenó la construcción de una «majestuosa y magnífica iglesia». En Antioquía, el gran Octógono o «Iglesia Dorada», «una iglesia de incomparable tamaño y belleza», se comenzó en 327 y se dedicó en 341. En Cirta, la capital de Numidia, renombrada Constantina en honor del emperador, Constantino pagó la construcción de una basílica, que se terminó en 329. Cuando se apoderaron de ella los donatistas, se construyó enseguida otra para los católicos, también por cuenta del emperador (330).

El que el emperador fuese el campeón del cristianismo también tuvo influencia en las relaciones exteriores. El pequeño reino de Iberia (la Georgia de hoy) en el Cáucaso adoptó el cristianismo en algún momento del reinado de Constantino, pero no se puede afirmar que se debiera a ninguna intervención por su parte. Estamos mejor informados sobre la situación de los cristianos en Persia. Allí, después de un periodo de persecución a finales del siglo tercero, se toleró a los cristianos hasta que se sospechó, no sin

fundamento, que albergaban simpatías respecto a los romanos. Entre los obispos reunidos en Nicea en 325 había uno de Persia. En una carta al rey persa Shapur (o Sapor) II en 325 0 326, Constantino se presentaba como el protector de los cristianos en Persia. En Armenia, vecina a la vez del imperio romano y del reino de Persia, el rey Tiridates (Trdat) III (287-330) se había convertido al cristianismo gracias a san Gregorio el Iluminador, y su reino fue oficialmente cristiano a comienzos del siglo cuarto (no hay consenso respecto a una fecha concreta). Según una tradición armenia, el rey y el santo, entonces obispo, viajaron algunos años después a la corte de Constantino y fueron recibidos con los más altos honores.

Pero Constantino no fue solo un benevolente protector de la causa cristiana; suprimió activamente el paganismo, al menos en algunos aspectos. La construcción de la Iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalén y de la basílica en Mambré implicaron la destrucción de los santuarios paganos existentes en esos lugares, como hemos visto. En Aphaca (Afqua) en el monte Líbano, en la cabecera del río Adonis (hoy Nahr Ibrahim), tradicionalmente el sitio del mito de Afrodita y Adonis, el culto de Afrodita implicaba mucho libertinaje; Constantino hizo que se derribase el templo. En Heliópolis (Baalbek) en Fenicia, prohibió el culto a Venus Heliopolitana, que incluía prostitución sagrada y ordenó la construcción de una iglesia. En Aegeae en Cilicia, los soldados del emperador derribaron el templo de Esculapio, el centro de un popular culto de curaciones. En Antioquía, el templo de las Musas se destinó a usos civiles. En todas partes se confiscaba el tesoro de los templos y las ganancias se enviaban al tesoro imperial. Lejos de censurar estos violentos procedimientos, Eusebio, en su *Panegírico de Constantino*, el 25 de julio de 336, elogió al emperador por haber «limpiado toda la inmundicia de los sin Dios de su reino en la tierra». Pero a pesar de lo que dice Eusebio, no hay evidencia de que los ritos paganos desaparecieran en todo el imperio.

Ya hemos visto que Constantino abrigaba fuertes sentimientos antijudíos. Estos sentimientos se tradujeron en leyes antijudías principalmente en los últimos años de Constantino. Permitió el acceso de judíos a Jerusalén una vez al año: para lamentar su destino; la ciudad había estado fuera del alcance de los judíos desde que Adriano fundase allí Aelia Capitolina. Constantino dispuso que los judíos que impidieran por la fuerza la conversión de un correligionario al cristianismo fuesen quemados vivos. Los judíos no podían tener esclavos cristianos, circuncidar a ningún varón esclavo de su propiedad o admitir conversiones a su fe. Por otra parte, un tal Josephus de Tiberíades, un converso del judaísmo al cristianismo, fue promovido al rango de *comes* (conde) y le dieron permisos y dinero para que construyese iglesias en Galilea.

Volvemos ahora al asunto del bautismo de Constantino. Ya hemos rechazado en el Capítulo 4 la idea de que fuese bautizado en 312 por el papa Silvestre en Roma. Vamos a examinar las circunstancias que realmente rodearon su bautismo y su muerte.

Poco después de la Pascua (3 de abril) de 337, Constantino sintió la aparición de la enfermedad. Se dirigió a Drépano (Helenópolis) y allí, en una última expresión de piedad filial, rezó ante la tumba del mártir Luciano, el santo favorito de su madre. Luego marchó a Nicomedia y allí «convocó a los obispos» por usar la curiosa frase de Eusebio.

Dirigiéndose a ellos, les explicó que siempre había sido su ferviente deseo bautizarse en el río Jordán, pero que deseaba recibir el sacramento de la salvación aquí y ahora. Y continuando con las palabras de Eusebio, «los prelados celebraron las sagradas ceremonias del modo habitual y […] le hicieron partícipe de los sagrados misterios». Eusebio era un maestro de la evasión; no dice quién fue el obispo que le bautizó. La *Crónica* de san Jerónimo, más de cuarenta años después, proporciona esa información: «Al fin de su vida, Constantino fue bautizado por Eusebio, el obispo de Nicomedia, y cayó en la doctrina arriana». Con tristeza, añade san Jerónimo: «De ahí se ha seguido hasta el día de hoy la decadencia de las iglesias y la discordia en el mundo entero». La *Crónica* del obispo Isidoro de Sevilla, en el siglo séptimo, también expresa un lamento: «¡Qué pena! Tuvo un buen principio pero un mal fin». La tristeza de san Jerónimo y san Isidoro es comprensible: ¡cuánto más apropiado hubiese sido para el gobernante del imperio recibir el bautismo en Roma de manos del Papa! Durante los restantes días de su vida, Constantino no se vistió con las ropas imperiales, sino con la túnica blanca de un neófito cristiano.

Constantino murió en Nicomedia el día de Pentecostés, 22 de mayo de 337; su cuerpo fue escoltado hasta Constantinopla y colocado con gran pompa en el palacio imperial. Él había previsto con bastante anticipación los detalles de su propio entierro: su sarcófago se colocó bajo la cúpula de la Iglesia de los Santos Apóstoles, rodeado por las estelas conmemorativas de los doce apóstoles, convirtiéndole simbólicamente en el apóstol número trece. Nadie puso objeción en aquel momento a esta extraordinaria y presuntuosa disposición, pero en 359 Constancio II hizo retirar el sarcófago y llevarlo a la Iglesia de san Akakios. En 370 se devolvió a la Iglesia de los Santos Apóstoles, pero no en su original emplazamiento, sino en un mausoleo circular, construido recientemente, anejo a la iglesia, que disponía de sitio para futuros emperadores. También es interesante que en 356 y 357 la iglesia recibió reliquias de Timoteo, el compañero de san Pablo, del apóstol Andrés y del evangelista Lucas. La recepción de esta reliquias cambió la naturaleza de esta iglesia e influyó en la retirada del sarcófago de Constantino. Autores bizantinos tardíos pretenden que el primer miembro de la familia imperial enterrado en la Iglesia de los Santos Apóstoles fue Helena, la madre del emperador. Algunos incluso dicen que el emperador y su madre comparten el mismo sarcófago; pero estas informaciones carecen de fundamento. La iglesia de Constantino fue reemplazada en 550 por otra de Justiniano. Hoy la Mezquita Fatih, o Mezquita de Mehmet el Conquistador, construida en 1461-73, se eleva en el sitio que ocupó la Iglesia de los Santos Apóstoles; incorpora en su fábrica algunas preciosas columnas procedentes de la primera estructura cristiana. Hay un gran sarcófago de pórfido fuera del Museo Arqueológico de Estambul que bien podría ser el de Constantino.

Tras la muerte y funeral de Constantino no estuvo claro durante algún tiempo quién le sucedería en el poder supremo. Constancio acudió rápidamente desde Antioquía y, en ausencia de sus hermanos, presidió el funeral, pero no se proclamó augusto. Al parecer fue el ejército quien decidió que la sucesión se limitase a los tres hijos vivos de Constantino. En un sangriento golpe, los posibles rivales fueron eliminados: el anciano

Dalmacio y Julio Constancio, ambos medio hermanos del emperador difunto; también sus sobrinos, el césar Dalmacio y el joven Anibaliano, el «rey de reyes». El senior Anibaliano, tercer medio hermano de Constantino, al parecer había muerto en fecha anterior. A dos hijos jóvenes de Julio Constancio, Galo y Juliano, les perdonaron la vida. El primero fue nombrado césar en 351, pero lo ejecutaron en 354 bajo sospecha de traición. El segundo ocuparía un lugar en la historia como Juliano el Apóstata.

Ablabio, mano derecha de Constantino y prefecto del pretorio de Constancio II, fue otra víctima de la turbulencia de este año. Las leyes se siguieron promulgando en nombre del emperador difunto. El 9 de septiembre de 337, Constantino II, Constancio II y Constante asumieron los tres el título de augusto.

XII. LA IMAGEN DE CONSTANTINO EN EL ARTE ROMANO

Los retratos de los emperadores romanos deben estudiarse no solo desde una perspectiva estética; deben examinarse también desde el punto de vista del mensaje ideológico y político que suponen. Así pues, los miembros de la primera tetrarquía suelen representarse con un rostro duro, casi aterrador. Pero incluso los primeros retratos de Constantino, en las monedas acuñadas en Tréveris en 306, se distancian de esos modelos presentando un aspecto más suave, más natural y de tendencia clásica.

Este desarrollo se manifiesta más claramente en los medallones del arco de Constantino en Roma. Aunque copian los de monumentos de Trajano y Adriano en muchos aspectos, estos medallones presentan rasgos diferenciados de autenticidad. Muestran a un elegante y juvenil emperador, de larga cabellera, afeitado, rompiendo con la tradición. Una estrecha banda de relieves, en seis paneles, que comienza en el testero oeste del arco, celebra los acontecimientos de 312: la partida del ejército de Constantino de Milán, el asedio de Verona, la victoria del Puente Milvio, la entrada en Roma, el discurso al pueblo y el reparto de donativos. Es interesante también que se haya encontrado en el arco un espacio para representar a Claudio Gótico, supuesto antepasado de Constantino. Es cierto que el arco se erigió no *por* Constantino sino *para* Constantino por el senado; con todo parece haber sido útil para su «programa de relaciones públicas» y que sus deseos se tuvieron en cuenta.

La medalla de plata, acuñada en Ticino en 315, que muestra el monograma Chi-Rho (X-P) en su casco, la comentamos ya en el Capítulo 6.

En las monedas de 324 en adelante, se advierte un nuevo detalle en el rostro de Constantino. Su mirada está dirigida arriba, a la distancia; no se dirige a Dios sino a su propia misión divina e inspiración. A partir de este tiempo también, deja de llevar una corona de laurel y ostenta la diadema. El precedente puede verse en un contexto no cristiano sino helenista, en Alejandro Magno. No por casualidad, Eusebio compara los éxitos de Constantino con los de Alejandro, a favor de Constantino, por supuesto.

El Metropolitan Museum of Art de Nueva York tiene una colosal cabeza de mármol de Constantino, de unas tres veces el tamaño natural. Aunque está sin la diadema que cabría esperar, se ha datado de 325-6. Es llamativo el pronunciado puente de la nariz y el desproporcionado tamaño de los ojos que miran al cielo.

La más famosa representación de Constantino la encontramos, sin discusión, en la colosal cabeza de mármol del patio del *Palazzo dei Conservatori,* en la colina del Capitolio de Roma. Vista una vez, ya no se la olvida. Es de ocho pies y medio de altura y pesa entre ocho y nueve toneladas. La estatua sedente a la que perteneció tenía más de treinta pies de altura, esto es, siete u ocho veces el tamaño natural. Además de la cabeza hay algunos fragmentos del torso, partes de ambas piernas y pies, el brazo derecho y, cosa rara, dos manos derechas, ligeramente diferentes una de otra. Todo esto se encontró en 1487 en la Basílica Nova, en el foro, y se trasladó a la colina del Capitolio por orden del papa Inocencio VIII. En la cabeza destaca una fuerte mandíbula, un puente nasal aún más pronunciado que el de la cabeza de Nueva York, y también los ojos desproporcionados que se dirigen hacia arriba. La impresión en su conjunto es de una mirada fija, imperturbable, de una majestad casi sobrenatural.

La datación de esta cabeza colosal ha planteado problemas. Por una parte, hay buenas razones para asignarla a los años 312-15, cuando Constantino estaba terminando la Basílica Nova según sus propios planos, añadiéndole otro ábside. Además, Eusebio informa de que había una estatua de Constantino erigida en Roma, justo a la entrada de la ciudad. Por otra parte, el estilo de la cabeza no parece de fecha tan temprana y sugiere un momento cercano a 330. La ingeniosa solución que se ha propuesto es que la estatua original se erigió en 312-15 y se reformó en gran medida en algún momento posterior a 325, precisamente para hacer la cabeza según el nuevo modelo. Así se podría también explicar la presencia de esas dos manos derechas: una, que llevaría quizá un cetro, habría sido sustituida por la otra para poner un cetro con la cruz.

Quedan en pie dos cuestiones: ¿hay algunas señales de reforma en la cabeza?, y ¿por qué no se destruyó la primera mano cuando se la sustituyó? Pero si esta teoría es correcta, se podría quizá suponer que la reforma de la estatua se hizo a tiempo para la visita de Constantino a Roma de 326.

Otro buen retrato de Constantino puede verse en el Museo Nacional de Belgrado. Es una cabeza de bronce de tamaño natural que vino de Naissus (Nish), ciudad natal de Constantino; se ha datado hacia 330. Una vez más la impresión es de una poderosa personalidad. También se observa la nariz aquilina, pero la mirada es menos remota. El emperador lleva una diadema con pedrería.

Otras dos estatuas de mármol de Constantino merecen mención, ambas datadas hacia 320. En las dos se le representa con atuendo militar y en su origen pertenecieron al complejo constantiniano del Quirinal en Roma (Ver Capítulo 2). Una se encuentra ahora en el atrio de la Basílica de San Juan de Letrán y la otra en la balaustrada del Campidoglio.

A la muerte de Constantino, se acuñaron cuatro tipos diferentes de monedas. Una de ellas es bastante notable. Es pequeña, del tipo conocido como *nummus centenionalis* y es de vellón, una aleación de cobre y plata. Se produjo en varias cecas de oriente y occidente, después de que los hijos de Constantino asumieran el título de augustos. En el anverso aparece el rostro velado de Constantino con la leyenda «El divinizado Constantino, padre de los augustos». Aunque otras características de la iconografía

funeraria pagana en las monedas, como la pira o el águila, se han omitido, aquí no se rompe la tradición pagana: el emperador se ha convertido en *divus* (divino). En el reverso, Constantino vestido con una túnica, la mano derecha alzada, sube al cielo en una cuadriga, mientras la mano diestra de Dios (común en el arte cristiano tardío) sale a recibirle. Mientras algunos cristianos se acordarían del profeta Elías, que subió al cielo en un carro de fuego, la mayoría de la gente vería una alusión al Sol/Helios/Apolo cabalgando en el carro del sol. El simbolismo solar sería así utilizado para Constantino hasta el final. Eusebio describe la moneda sin referirse a sus connotaciones paganas, que sin duda había advertido.

XIII. UNA VALORACIÓN

Ahora nos queda valorar la personalidad de Constantino y su lugar en la historia. Al contrario que Nerón y Domiciano por una parte, y Antonino Pío y Marco Aurelio por otra, Constantino no puede incluirse sencillamente en la lista de los emperadores «malos» o «buenos». Ese intento no haría justicia a la complejidad del personaje. Una complejidad que se refleja en las discrepancias entre los estudiosos sobre importantes aspectos de su persona y reinado. No sorprende que sea especialmente en la esfera religiosa donde encontramos esta falta de consenso. En un extremo del espectro de las opiniones, Alistair Kee concluye que la ideología imperial de Constantino conquistó la Iglesia y traicionó a Cristo. En el otro extremo está el juicio de Paul Keresztes, quien sostiene que Constantino era «un verdadero gran emperador cristiano y un genuino apóstol de la Iglesia cristiana».

Ninguna historia de la antigua Roma puede acabar sin un capítulo sobre Constantino, y ninguna historia de Bizancio puede comenzar sin él. En esto podemos ver la importancia histórica del personaje, de su posición en una coyuntura crítica de la historia. Una historia de la primitiva Iglesia que no le incluya es también impensable. De modo que los historiadores, tanto civiles como eclesiásticos, han acumulado una amplia literatura secundaria sobre él, tan vasta que ningún estudioso puede pretender controlarla.

Unos han hablado de una «revolución constantiniana», mientras otros han evitado ese tipo de expresiones. ¿Por qué es eso así? Es cierto que en el curso de su carrera tuvo dos decisiones trascendentales: apoyar el cristianismo, y establecer una nueva capital en oriente. Sin embargo, esas decisiones no suponían una ruptura con el pasado en muchos aspectos de la vida del imperio.

Costantino impulsó el nacimiento de una nueva clase de altos oficiales imperiales asalariados, tanto civiles como militares, cuyo nombramiento y promoción se basaban en el mérito. Pero eso no supuso una radical transformación de la sociedad; ni el emperador ni la Iglesia parecen haberlo pretendido. Aunque Constantino promulgó un gran número de rescriptos, incluyendo algunos inspirados por su fe cristiana (ver Capítulo 10), no emprendió una revisión del sistema legislativo a la luz de la doctrina cristiana. Y la Iglesia tampoco pretendió tener un programa de reforma social. En el gobierno y en el ejército continuaron existiendo muchas instituciones tradicionales. Según Timothy D. Barnes, «como administrador, él estaba más interesado en preservar y modificar el

sistema imperial que había heredado que en cambiarlo radicalmente —excepto en una esfera—». El arte cristiano, al no tener aún tradiciones importantes propias, no podía sino adaptar y adoptar las normas y formas del arte griego y romano.

Continuando y completando la obra de Diocleciano, Constantino puso los cimientos del estado bizantino, que duraría más de un milenio después de él, preservaría la literatura griega y codificaría el derecho romano; no es un logro menor. Diez emperadores después de él, incluido el último emperador de Bizancio, llevaron su nombre, y ningún emperador podía recibir mayor elogio que ser llamado «un nuevo Constantino». El estado Bizantino recibió una parte sustancial de su identidad de la religión; se basó en la alianza entre el trono y el altar. Pero estos dos aliados no eran iguales; hubo siempre preponderancia de la autoridad imperial sobre la eclesiástica. Aunque Constantino tuvo cuidado de no inmiscuirse en las decisiones en materias doctrinales de los obispos reunidos en concilio, y aunque no se puede hablar aún del cristianismo como religión del estado, sigue en pie que las relaciones Iglesia-Estado de su tiempo se han caracterizado como cesaropapismo. La visión moderna de ese tipo de entendimiento no es positiva.

Podemos negarle a Constantino el título de Grande, como hace A.H.M. Jones. No podemos negar su excelencia como general, su sentido de misión, su habilidad política, y su relevancia histórica. Pero podemos criticar su carácter y muchas de sus obras. Impulsivo por naturaleza, tomó con frecuencia decisiones apresuradas que más tarde hubo de lamentar o rectificar, afortunadamente muchas veces no las llevó a término. Su política eclesiástica en los años 325-37 fue consistente, en el sentido de que buscó en todo momento la unidad dentro de la Iglesia. Pero sorprende que los principales actores, como Atanasio, Arrio o Eusebio de Nicomedia, gozaban de su favor o lo perdían sucesivamente con asombrosa rapidez.

Las disposiciones de Constantino para su propia sucesión nos presentan uno de sus puntos más débiles, pues son completamente insatisfactorias. Pasó los mejores años de su vida luchando para conseguir el poder absoluto y lo consiguió al final. Augusto, Vespasiano, Trajano, Adriano y Antonino Pío podrían haberle enseñado cómo pasarlo a un sucesor. Los esfuerzos de Diocleciano en esta materia, aunque menos exitosos, también podrían haberle enseñado algo. Y no podemos decir que el destino no le hubiese concedido tiempo para ocuparse de esto. Por último, la responsabilidad por el sangriento golpe de 337 cae de lleno sobre los hombros de quien estuvo en la mejor posición para evitarlo, el propio Constantino.

Incluso la fundación de Constantinopla no es un completo éxito histórico. El centro de la historia europea, a través de los siglos, sigue siendo la vieja Roma junto al Tíber y no la Nueva Roma del Bósforo. Tal vez la Iglesia no estuviera partida entre latinos y griegos si Constantino no hubiese trasladado la capital del imperio a oriente. Puede argumentarse también que la centralización del poder y la riqueza en oriente debilitó occidente y apresuró su colapso. Se afirma también que la ambición de Constantino destruyó la tetrarquía.

En la Iglesia ortodoxa se considera santo a Constantino, que comparte la fiesta del 21 de mayo con su madre; además tiene su propia fiesta el 3 de septiembre. Desde el siglo quinto, comenzando por el historiador Teodoreto, es frecuente en el oriente llamar a Constantino *isapostolos* (igual a los apóstoles). Sigue teniendo este rango en la liturgia de la Iglesia ortodoxa griega hasta el día de hoy, donde se le compara con el apóstol Pablo. Pero, sin pretender ofender a los fieles de la ortodoxia, podemos cuestionar si Constantino merece el título de santo. Este título no le ha sido reconocido por la Iglesia católica, aunque sus servicios hayan sido apreciados y celebrados. No se puede negar que se convirtió a la religión cristiana, que se veía a sí mismo como un siervo de Dios e intentaba conducir a todos los hombres a la verdadera fe. Podemos excusar la tardanza en bautizarse.

Pero Constantino murió con sangre en las manos. No necesitamos contar contra él los miles que murieron en sus guerras; librando esas guerras hizo probablemente lo que cualquier otro hombre en su lugar hubiese hecho. Trajo la bendición de la paz a través de los horrores de la guerra. Más atención merece el hecho de que Constantino fue de varios modos y por distintos caminos responsable de las muertes de muchos de sus parientes más cercanos. Excusémosle en el caso de Maximiano; el anciano puede «habérselo buscado». Majencio murió en la batalla, aunque nada nos hace suponer que se le hubiese perdonado la vida caso de salir vivo. Suspendamos el juicio en el caso de Crispo y Fausta, pues no tenemos suficiente conocimiento de los hechos y circunstancias. Pero ciertamente Constantino es culpable del asesinato de los Licinios, padre e hijo. Nunca parece haber asumido la doctrina del arrepentimiento, la penitencia y el perdón. En palabras del estudioso Joseph Vogt, Constantino «permaneció ajeno a lo más profundo de la fe cristiana». Y Ramsay MacMullen dice que «la espiritualidad era algo en lo que nunca invirtió mucho tiempo». Un tercero, Alistair Kee, observa que la religiosidad de Constantino no fue «ni profunda ni particularmente edificante», aunque estuvo «fanáticamente comprometido con ella». Y por último, Henry Chadwick sostiene que «su comprensión de la doctrina cristiana nunca estuvo muy clara». No había en él suficiente interés por la vida interior y demasiado por las cuestiones exteriores y materiales: construcciones, donaciones, honores y privilegios.

Reconozcamos que la humildad no era apreciada en el sistema romano de valores, y es difícil encontrarla en quienes están en el poder. Con todo es una cualidad que cabe esperar en un santo cristiano. Y Constantino carecía por completo de ella. Los arreglos que dispuso para su propio entierro fueron presuntuosos, si no blasfemos. Sus fundaciones de iglesias no fueron solo expresiones de piedad; fueron también celebraciones de sus victorias. La inscripción que ordenó poner en el arco triunfal de la Antigua Basílica de San Pedro en Roma (ver Capítulo 5) es reveladora. Reza así: «Porque bajo su liderazgo el mundo se alzó triunfalmente a los cielos, Constantino Vencedor te ha dedicado esta casa». Eusebio refiere que Constantino construyó la basílica de Nicomedia para celebrar su victoria y la victoria de su Salvador. Y Eusebio no vio nada reprensible en asemejar la victoria de Constantino a la de Cristo. Un historiador alemán, Bruno Bleckmann, observaba recientemente que los edificios

monumentales de Constantino en Constantinopla no son tanto una glorificación de la religión cristiana como una expresión de la gloria del emperador y héroe fundador.

Contentémonos con reconocer en Constantino un resuelto gobernante que estuvo en el poder más largo tiempo que sus predecesores, con excepción de Augusto, un soberbio general que nunca perdió una batalla y que fue «el más incansable trabajador de la unidad cristiana desde san Pablo», en expresión de Robin Lane Fox. Hay personalidades que con sus cualidades y sus defectos moldean la historia de tal modo que captan nuestra imaginación y nuestra atención. La magnífica estatua ecuestre de Constantino, obra de Bernini, en la Scala Regia del Vaticano, nos impresiona no solo por su excelencia artística, sino también por el hombre al que representa.

APÉNDICE I. Las fuentes para el reinado de Constantino

Las fuentes literarias para el reinado de Constantino no son tan completas ni tan imparciales como pudiésemos desear. La información sobre los aspectos civiles de su reino es particularmente inadecuada.

Entre las fuentes literarias, los escritos de Eusebio de Cesarea (c. 260-339) son los más importantes. La *Historia de la Iglesia* de Eusebio se publicó, en su cuarta y última edición, en torno a 325, después de la caída de Licinio en 324, pero antes de la muerte de Crispo en 326. Se la consideró con justicia un trabajo impresionante y le valió a su autor el título de «padre de la historia de la Iglesia». Con ocasión de la *tricennalia* de Constantino en 336 pronunció su discurso *En alabanza de Constantino*; otro discurso suyo famoso es *Sobre el sepulcro de Cristo*, una descripción de la Iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén, pronunciado el año anterior. La *Vida de Constantino*, escrita después de la muerte del emperador en 337, y que parece no estar terminada, es un encomio más que una biografía. Actualmente se suele atribuir también a Eusebio.

La obra de Eusebio no carece empero de defectos: su admiración por Constantino no conoce límites, y no se para en supresiones o deformaciones de los hechos para conseguir su propósito. Aunque Jacob Burckhardt le juzga «sin deshonesto de la antigüedad» y «el más repugnante adulador». Hemos de agradecer a Eusebio su trabajo al recoger íntegros numerosos documentos constantinianos, como cartas, decretos y discursos. Por otra parte, la autenticidad de su *Historia de la Iglesia* no ha sido cuestionada.

Rufino de Aquilea (c. 345-410) tradujo al latín la *Historia de la Iglesia* de Eusebio y añadió a los diez libros del original dos más de su propia autoría, llegando así hasta el año 395. En el siglo quinto Sócrates el Escolástico, Sozomeno y Teodoreto escribieron historias de la Iglesia que se solapan en algún tiempo y a menudo completan o corrigen la de Eusebio, y dan su propia versión de los años 324-37 (y más allá).

Entre los doce *Panegíricos* latinos hay cinco (nn. 4-7 y 12 en las ediciones de Baehrens y Mynors; nn. 6-10 en la edición de Galletier) que se dirigen a Constantino; fueron pronunciados por oradores galos en los años 307-21. Son muy tendenciosos y ofenden el gusto moderno por su estilo florido y empalagosa adulación. Con todo, nos proporcionan algunas perspectivas de su tiempo y detalles de los primeros años del reinado de Constantino.

Lactancio (c. 240-320) era natural del norte de África, nombrado profesor de retórica en Nicomedia y, durante algunos años, tutor del joven Crispo. Su obra teológica más significativa es *Instituciones divinas*, pero el estudiante de la época de Constantino estaría más interesado en un tratado más corto, *Sobre las muertes de los perseguidores*, publicado probablemente en 314. La tesis de este tratado es que todos los perseguidores tuvieron un mal fin —la agonía de Galerio se describe en espeluznante detalle— pero también que el bien, personificado en Constantino, prevalece sobre el mal.

El *Discurso a la Asamblea de los Santos* del propio Constantino, o sermón del Viernes Santo, aunque su autoría fue cuestionada y su fecha controvertida —un buen trabajo sobre el 18 de abril de 325 es el de Robin Lane Fox— , nos permite valorar su ideología político-religiosa. Fue recogido por Eusebio en un largo apéndice a su *Vida de Constantino.* Los estudiantes de literatura latina se interesan en él por su interpretación cristiana de la *Cuarta* Égloga de Virgilio.

La *Origo Constantini Imperatoris* es una concisa pero rica biografía que puede datarse en el siglo cuarto; presenta un alto grado de precisión y objetividad, proporcionando con frecuencia información que no se encuentra en Eusebio. Consiste en la primera parte de un manuscrito conocido como *Anonymus Valesianus* o *Excerpta Valesiani* (por el estudioso francés Henri de Valois , que lo editó por primera vez en el siglo XVII). La edición moderna más útil es la de Ingemar König (Trier 1987), con traducción alemana y comentario histórico.

La *Historia Nova* de Zósimo (de comienzos del siglo sexto) se escribió desde una perspectiva pagana y es muy hostil a Constantino.

Es muy de lamentar que hayamos perdido los primeros trece libros de las *Historias* (*Rerum Gestarum*) de Amiano Marcelino (c. 330-395). Pretende ser una continuación de Tácito y cubre los años 96-378; los libros perdidos nos habrían hablado, entre otras cosas, del reinado de Constantino.

Las decisiones legales de Constantino, que se cuentan por cientos, pueden encontrarse en el *Codex Theodosianus*, la codificación de derecho romano emprendida por iniciativa del emperador Teodosio II (408-50). Por desgracia, la utilidad de la colección queda disminuida porque faltan los datos tanto de fecha como de lugar de cada rescripto.

Una excelente selección de inscripciones latinas relacionadas con Constantino la proporciona Hermann Dessau en *Inscriptiones Latinae Selectae* (Berlín 1892-1916), vol. I.

La moneda en el reinado de Constantino puede ser desconcertante por la gran variedad de diferentes tipos de monedas que se acuñó. Algunas monedas constantinianas son de gran valor documental; muchas ilustran el cambio religioso del imperio.

APÉNDICE II. Glosario de términos griegos, latinos y técnicos

Canon Decisión o regla establecida en algún concilio de la Iglesia católica sobre el dogma o la disciplina.

Chi-Rho Monograma de las letras griegas X (Chi) y P (Rho) que representan a Cristo (ΧΡΙΣΤΟΣ).

Consistorium Consejo que tenían los emperadores romanos para tratar los negocios más importantes. Etimológicamente: «reunión de pie».

Consubstantialis Ver **homoousios**.

Consularis Gobernador provincial de rango consular.

Curiales Miembros de los consejos de la ciudad, también conocidos como *decuriones*, y sus descendientes.

Damnatio memoriae Efecto de borrar el nombre de una persona de los registros públicos y monumentos. El senado romano decretó la *damnatio memoriae* para varios «malos» emperadores.

Decennalia Fiesta celebrada cada diez años, específicamente en el décimo año del reinado de un emperador.

Dies imperii El aniversario del día en que un emperador alcanzó el *imperium,* es decir, su ascensión al trono.

Domus ecclesiae Una casa privada que se usaba como lugar para las reuniones litúrgicas. Un buen ejemplo se encuentra bajo la Iglesia de san Clemente en Roma, y la de Dura-Europos en el Eúfrates.

Filius Augusti «Hijo de Augusto», un título que ostentó Galerio.

Homoousios Del griego *homos* (igual, el mismo) y *ousía* (sustancia, esencia). En latín, *consubstantialis*; español, consustancial. En el concilio de Nicea se propuso este término

para definir la relación entre el Hijo y el Padre.

Hypostasis En griego, «substancia» o «esencia»; también *ousía* en griego, en latín, *substantia.*

Labarum Un *vexillum* o estandarte militar rematado por el monograma Chi-Rho.

Liber Pontificalis *El libro de los Papas,* una colección de biografías de papas. Se compuso por primera vez en el siglo sexto; termina con el papa Pío II (d. 1464).

Maniqueísmo Secta religiosa fundada por el persa Manes en el siglo tercero. Incorpora elementos del judaísmo, cristianismo, budismo y zoroastrismo y consiste en un dualismo.

Nobilissimus/**nobilissima** Título otorgado durante el imperio tardío a los miembros de la familia imperial.

Ousía Ver **hypostasis.**

Panegyricus Un discurso formal de alabanza, siguiendo ciertas reglas de retórica. El panegírico como género literario fue cultivado por los griegos. Isócrates compuso un panegírico para Filipo II de Macedonia. Plinio el Joven escribió un panegírico para Trajano. Una colección de doce panegíricos latinos incluye cinco para Constantino.

Pax deorum «Paz con los dioses», la armoniosa relación del pueblo romano con los dioses.

Pontifex Maximus El cargo religioso más elevado del gobierno romano. Comenzando por Augusto, los emperadores se atribuyeron este cargo.

Porta Nigra La «Puerta Negra», en el norte de las murallas de Tréveris, construida en el siglo segundo, es el edificio más emblemático de la ciudad hasta el día de hoy.

Praeses Gobernador provincial de rango inferior al *consularis*.

Guardia Pretoriana Una fuerza de élite militar fundada por Augusto y estacionada en Roma. Con frecuencia jugó un papel decisivo e indebido en la elección del emperador. Fue disuelta por Constantino en 312.

Prefecto del Pretorio En su origen, el jefe de la guardia pretoriana. En el imperio tardío podía haber varios prefectos del pretorio como representantes del emperador.

Princeps El título preferido por Augusto para describir su posición en el estado; de ahí el «principado», como suele llamarse su reinado.

Sasánida Referente al imperio persa y sus gobernantes 224-636; debe distinguirse de la Persia aqueménida.

Libros sibilinos Colección de profecías de la Sibila de Cumas, sacerdotisa del templo de Apolo. Estos libros se guardaban en el Capitolio al cuidado de un colegio de quince sacerdotes y solo se consultaban por orden del senado.

Substantia Ver **hypostasis.**

Tetrarquía Gobierno de cuatro. La primera tetrarquía la formaron Diocleciano, Maximiano, Galerio y Constancio; la segunda, Galerio, Constancio, Severo y Maximino Daia.

Traditor Un cristiano que, en tiempo de persecución, entregara las Escrituras a las autoridades ; de ahí «traidor» en español.

Tribunos Oficiales militares de alto rango; originalmente hubo seis en cada legión.

Tricennalia Fiesta celebrada cada treinta años, específicamente durante el trigésimo aniversario del reinado de un emperador.

Vicarius En la organización territorial establecida por Diocleciano, un *vicarius* (representante personal) gobernaba una diócesis, que normalmente comprendía tres provincias.

Vicennalia Fiesta celebrada cada veinte años, específicamente durante el vigésimo aniversario del reinado de un emperador.

APÉNDICE III. Notas biográficas

Ablabio, Flavio Prefecto pretoriano en 329-337; cónsul en 331. Cretense de humilde extracción, sirvió como *vicarius* en 324-326. Cayó víctima del golpe de 337.

Adriano Emperador 117-38. Uno de los emperadores adoptivos del siglo segundo, fue adoptado por su predecesor Trajano, y a su vez adoptó a Antonino Pío.

Agricio Obispo de Tréveris a comienzos del siglo cuarto. Es conocido por su asistencia al concilio de Arlés en 314 y su estrecha relación con la emperatriz Helena durante la residencia de esta en Tréveris.

Agustín, san 354-430. Obispo de Hipona, en el norte de África y Doctor de la Iglesia; autor de *La Ciudad de Dios* y las *Confesiones.*

Alejandro Obispo de Alejandría c. 312-28. Tuvo que intervenir en el cisma meliciano y en la controversia con Arrio; asistió al concilio de Nicea en 325.

Ambrosio Obispo de Milán 374-97. Fue un firme defensor de la ortodoxia católica contra arrianos y paganos, promovió el culto de los mártires y fue un instrumento de Dios para la conversión de san Agustín. En dos confrontaciones se mantuvo firme ante el emperador Teodosio I.

Antonino Pío Emperador 138-61. Uno de los emperadores adoptivos del siglo segundo. Lo adoptó su predecesor Adriano, y él a su vez adoptó a Marco Aurelio. Él, Marco Aurelio y Cómodo son colectivamente conocidos como los Antoninos.

Arrio Presbítero en Alejandría. Enseñó que el Hijo no es coeterno ni igual al Padre. Fue condenado por un sínodo local en 318 o 319 y por el concilio de Nicea en 325. Su más firme defensor fue Eusebio de Nicomedia. Murió en 336 en Constantinopla.

Atanasio, san Diácono en Alejandría bajo el obispo Alejandro y arzobispo de Alejandría 328-73, aunque desterrado cinco veces. Estuvo firme ante quienes pretendían la readmisión de Arrio y se enfrentó con frecuencia al emperador arriano Constancio II.

Augusto Emperador 27 a.C.-14 d.C. Promovió como su sucesor a su hijastro e hijo adoptivo Tiberio.

Aureliano Emperador 270-275. Construyó las murallas de Roma que llevan su nombre. Celebró su triunfo sobre la reina Zenobia de Palmira y reprimió un movimiento separatista en la Galia. Era devoto del dios *Sol Invictus*.

Aurelio Víctor Historiador del siglo cuarto y autor de *De Caesaribus*, una colección de biografías imperiales. Gobernador de Panonia en 361 y prefecto de Roma en 389.

Carausio Comandante naval romano en el Mar del Norte. Se apoderó de Britania y parte de la Galia y se autoproclamó emperador. Murió combatiendo contra Constancio I en 293.

Claudio II Gótico Emperador 268-270. Ganó una gran batalla contra los godos en Naissus; de ahí su nombre. Constantino le consideraba su antepasado.

Constancia Medio hermana de Constantino I. Casó con el emperador Licinio en 313. Después de la muerte de este, ocupó un puesto de honor en la corte de Constantino. Simpatizaba con los arrianos.

Constancio I Padre de Constantino I, césar 293-305 y augusto 305-6. Residió principalmente en Tréveris, pero murió en York. Durante la Gran persecución dio poco cumplimiento a los edictos de Diocleciano.

Constancio II Segundo de los tres hijos que tuvo Constantino I de Fausta. Proclamado césar en 324 y augusto en 337-61, gobernó oriente y occidente.

Constante El menor de los hijos de Constantino I. Fue proclamado césar en 333 y augusto en 337-50. Inicialmente controlaba solo Italia, África e Iliria, se convirtió en gobernante de todo occidente después de derrotar y matar a su hermano mayor Constantino II en 340.

Constantino II El mayor de los tres hijos que tuvo Constantino I de Fausta. Fue proclamado césar en 317 y augusto en 337-340. Fue derrotado y muerto por su hermano menor Constante al invadir Italia.

Crispo El mayor de los cuatro hijos de Constantino I, nacido de Minervina c. 305. Fue proclamado césar en 317 y se distinguió en la guerra contra Licinio, pero fue condenado a muerte, por orden de su padre, en Pola en 326, y en circunstancias que no están del todo claras.

Decio Emperador 249-51. En 250 emprendió la persecución sistemática de los cristianos en todo el imperio. Pereció en batalla contra los godos.

Eusebio de Cesarea Obispo de Cesarea en Palestina c. 313-39. Asistió a los concilios de Antioquía (325), Nicea (325) y Tiro (335). Se le ha considerado «el padre de la historia de la Iglesia»; ver Apéndice I.

Eusebio de Nicomedia Obispo, 317-42, primero de Berytus (Beirut), luego de Nicomedia y finalmente de Constantinopla. Fue un defensor de la persona y doctrina de Arrio. Depuesto en 325, fue restaurado dos años después, se convirtió en el principal asistente eclesiástico de Constantino, y le bautizó en 337.

Eutropia Esposa del emperador Maximiano y madre de Majencio y Fausta. Constantino parece haberla tenido en gran estima, incluso después de la muerte de Fausta; visitó Tierra Santa y le informó del estado del santuario de Mambré.

Fausta Hija del emperador Maximiano. Casó con Constantino en 307, le dio cinco hijos y fue proclamada augusta después de la victoria sobre Licinio. Fue condenada a muerte por orden de Constantino, en 326 y en circunstancias que no están del todo claras.

Filipo el Árabe Emperador 244-9. En el milenario de la ciudad de Roma, mantuvo unos juegos extravagantes.

Filostorgio c.368-c439. Historiador de la Iglesia. Simpatizante del arrianismo. Solo se conservan fragmentos de su obra.

Galieno Emperador 260-8. Terminó con la persecución de los cristianos que había decretado su padre Valeriano.

Gregorio el Iluminador, san El apóstol de los armenios. Convirtió al rey Tiridates III de Armenia, a comienzos del siglo cuarto, y fue el primer «catholicos» de la Iglesia armenia.

Helena Madre de Constantino I. Era de origen humilde, pero alcanzó el rango de augusta. Emprendió una peregrinación a Tierra Santa, probablemente en 326. La tradición le atribuye el descubrimiento de la Vera Cruz, y es venerada como santa en la Iglesia católica y en la ortodoxa.

Jerónimo, san c. 347-419/20. Estudioso, traductor y asceta. Tradujo del griego al latín la *Crónica* de Eusebio de Cesarea y la terminó en 378. Nos dio la versión Vulgata latina de la Biblia. Asistió al concilio de Constantinopla en 381.

Juliano el apóstata Emperador 361-63. Era hijo de Julio Constancio, uno de los medio hermanos de Constantino I. Sus intentos de detener el avance del cristianismo terminaron pronto por su muerte en una campaña contra los persas.

Justiniano Emperador 527-65. Reconstruyó varias iglesias fundadas originalmente por Constantino: en Belén la Iglesia de la Natividad, y en Constantinopla las iglesias de Hagia Sofía y Hagia Eirene.

Lactancio 245/50-325. Estudioso cristiano; ver Apéndice I.

Licinio Emperador 308-324. Compartió el imperio con Constantino I. Casó con Constancia, medio hermana de Constantino. Apoyó una sublevación contra Constantino. Después de vencerle y desterrarle a Tesalónica, Constantino ordenó su muerte.

Licinio II Hijo de Licinio I y Constancia. Fue proclamado césar en 317, pero condenado a muerte por Constantino en la primavera de 325.

Luciano, san Cabeza de una escuela teológica de Antioquía, donde estudiaron entre otros Arrio y Eusebio de Nicomedia. Fue martirizado en 312 en Nicomedia y se convirtió en el santo favorito de Helena.

Lucio Vero Emperador 161-9. Coemperador con Marco Aurelio.

Macario Obispo de Jerusalén en el tiempo de la peregrinación de Helena. En una carta conservada por Eusebio, Constantino le ordena construir la Iglesia del Santo Sepulcro.

Marco Aurelio Emperador 161-80; con Lucio Vero como coemperador 161-69. Designó a su hijo Cómodo como sucesor.

Melquíades Papa 311-314. En 313 convocó un concilio de obispos en Roma para tratar el problema donatista, pero no asistió al concilio de Arlés el año siguiente.

Narsés Rey de Armenia y Persia 293-302. Fue derrotado en 298 por el emperador Galerio; el evento se conmemora en el Arco de Galerio, en Tesalónica.

Orígenes c.185-c.251. Autor cristiano. Nació en Alejandría y en temprana edad se convirtió en cabeza de la escuela catequética de su ciudad, y más tarde pasó a Cesarea. Escritor prolífico que ejerció profunda influencia en el pensamiento cristiano.

Osio c.257-c.357. Obispo de Córdoba. Como principal asistente eclesiástico de Constantino durante algunos años, 312-26, jugó un papel importante antes y durante el concilio de Nicea.

Sapor I Rey de Persia 241-72. En 260, derrotó y capturó al emperador Valeriano.

Sapor II Rey de Persia 309/10-379. Constantino le escribió en defensa de los cristianos de Persia y, cuando murió, estaba preparando una campaña contra él.

Septimio Severo Emperador 193-211. Fundador de la dinastía de los Severos. Su arco triunfal sigue en pie en el foro romano. Emprendió considerables proyectos de construcción en Bizancio.

Silvestre, san Papa 314-35. Una errónea pero persistente tradición sostiene que bautizó al emperador Constantino y que recibió de él la llamada Donación de Constantino. No asistió al concilio de Nicea.

Sócrates el Escolástico Historiador de la Iglesia del siglo quinto; ver Apéndice I.

Sozomeno Historiador de la Iglesia del siglo quinto; ver Apéndice I.

Teodora Hija o hijastra del emperador Maximiano. Hacia 293 casó con Constancio I, que fue obligado a dejar a Helena en ese tiempo. Le dio seis hijos.

Teodoreto Historiador de la Iglesia del siglo quinto; ver Apéndice I.

Teodosio II Emperador 408-50. Agrandó la ciudad de Constantinopla construyendo nuevas murallas que se conservan hasta hoy. Una gran empresa de su reinado fue la publicación, en 438, del *Codex Theodosianus*, una recopilación de derecho romano y una fuente valiosa de información sobre el reinado de Constantino; ver Apéndice I.

Tiridates III Rey de Armenia c.287-? Estuvo en buenos términos con los romanos y se convirtió al cristianismo, a principios del siglo cuarto, por mediación de san Gregorio el Iluminador.

Trajano Emperador 98-117. Uno de los emperadores adoptivos del siglo segundo. Lo adoptó su predecesor Nerva, y él a su vez adoptó a Adriano.

Valeriano Eemperador 253-60. En 258 reanudó la persecución de los cristianos. Fue derrotado y capturado en 260 por el rey Sapor I. Sufrió muchas humillaciones antes de ser ejecutado.

Vespasiano Emperador 69-79. Fundador de la dinastía Flavia. Procuró la sucesión sin problemas de su hijo Tito.

Zósimo Historiador pagano del siglo sexto; ver Apéndice I.

Índice

PORTADA INTERIOR	2
CRÉDITOS	3
ÍNDICE	4
CRONOLOGÍA	5
I. INTRODUCCIÓN	8
II. LOS EMPERADORES-SOLDADO Y DIOCLECIANO	10
III. LA SUBIDA AL PODER DE CONSTANTINO	16
IV. LA CONVERSIÓN DE CONSTANTINO	22
V. CONSTANTINO COMO ÚNICO GOBERNANTE DE OCCIDENTE	29
VI. EL CONFLICTO CON LICINIO	35
VII. LA CONTROVERSIA ARRIANA: EL CONCILIO DE NICEA Y SUS CONSECUENCIAS	40
VIII. LA CRISIS EN LA FAMILIA IMPERIAL	45
IX. LA NUEVA ROMA	49
X. EL GOBIERNO DE CONSTANTINO	55
XI. ÚLTIMOS AÑOS DE CONSTANTINO: MUERTE Y SEPULTURA	59
XII. LA IMAGEN DE CONSTANTINO EN EL ARTE ROMANO	63
XIII. UNA VALORACIÓN	66
APÉNDICE I. Las fuentes para el reinado de Constantino	70
APÉNDICE II. Glosario de términos griegos, latinos y técnicos	72
APÉNDICE III. Notas biográficas	75